

MAY BONNER

A través del tiempo



A través del tiempo



Romántica

Todos los derechos reservados

© May Bonner

Barcelona, Febrero 2019

Ni tú, aunque seas valiente, le quites la doncella, sino déjasela,
puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos.

Ilíada. Homero

La esclava

Grecia, hacia 1200 a.C.

Desde el barco sólo se podía distinguir una espesa columna de humo emergiendo del mar, en la lejanía. Era cuanto quedaba de la que había sido mi casa durante prácticamente toda mi vida. Nunca podrán borrarse de mis oídos los lamentos de aquella noche terrible. Una noche que precedió a un día aún más terrible para los habitantes de Troya. Todos los hombres y niños fueron asesinados. También algunas mujeres, pero a la mayoría se nos mantuvo con vida para reservarnos el triste destino de la esclavitud. Nunca conmoverán más las lágrimas de una reina. Frente a nosotras, que estábamos dispuestas en fila, pasaron todos esos héroes griegos que durante tanto tiempo nos asediaron. Agamenon que sería nuevo dueño de nuestras riquezas, Menelao que buscaba entre nosotras a la responsable de la guerra y aquel cuyo retorcido engaño les había dado la victoria. No volví a ver a los que amablemente me acogieron en su casa y me dieron un hogar, ni al que habían destinado que fuese mi esposo, un muchacho al que apenas había visto una vez. Siendo muy niña, tanto que ni lo recuerdo, mis padres me habían enviado a Troya para sellar una alianza que acabaría con una antigua disputa entre Troya y mi ciudad. También se dispuso que me casaría con uno de los príncipes troyanos cuando llegara el momento, pero la guerra lo fue retrasando. El único hogar que conocía había sido arrasado. Todo era ya polvo y humo.

Los vencedores cargaron sus barcos con el oro, la plata y cuantas riquezas había en la ciudad, pero esas son las reglas de la guerra. El que gana se lo lleva todo y decide sobre la vida y muerte de los vencidos. Los barcos apenas podían soportar el peso de lo saqueado y por eso pensaron que no cabíamos todas en los barcos, así que nos apartaron a un grupo de nosotras, a las que aún no habíamos embarcado, para discutir la situación. No sabían si matarnos o dejarnos allí a nuestra suerte. Un joven príncipe griego, sin embargo, se fijó en mí y quiso guardarme para él. Su armadura brillaba al sol y el penacho de crines de su casco ondeaba al viento. Se había unido hacía muy poco al contingente griego y por ello no le reconocí cuando se quitó el casco y pude ver su pelo negro y sus ojos claros. Me miró fijamente y dijo algo al resto de príncipes y reyes allí reunidos, los aqueos de hermosas grebas. Hubo un momento de tensión porque aquel joven príncipe echó mano a la espada, pero enseguida Odiseo puso calma entre ellos y al final debieron acceder a su deseo, porque inmediatamente fui conducida a su barco. No sé qué les ocurrió a las demás. De esta forma me convertí en esclava. Fui entregada a él y con él crucé el mar hasta su casa. Las otras cautivas que me acompañaban y que ya estaban en el barco cuando yo embarqué, lloraban sin descanso. Yo no podía.



«Ser esclava no es tan malo si el señor es amable», fue lo primero que me dijo para consolarme la esclava más anciana que había en el palacio. Yo estaba demasiado asustada para atender a razones. Siempre se había tratado bien a los esclavos en mi casa. Eran casi parte de la familia, pero no era ingenua y sabía cómo trataban algunos amos a sus esclavos. Era preferible no seguir

viviendo a una vida como aquella. No sabía qsi las palabras de aquella anciana eran únicamente una forma de calmar a una joven asustada y que había pasado de la noche a la mañana de pertenecer a una familia real a la esclavitud. Ya no era una princesa, era una esclava, pero quizás si ella tenía razón pudiera encontrar al menos un poco de paz. A esa esperanza me aferré.

En casa del príncipe, ahora ya rey, pues subió al trono al regresar de la guerra, me encargaba del hilado de las telas y de vigilar a las otras tejedoras. También debía preparar su mesa, mezclar el vino. Y también debía compartir su lecho cuando así lo desea, pero ya no fue así. La primera vez que vino fue la misma noche que llegamos. Yo lo miraba temerosa desde un rincón en mi aposento, cuando entró y me ordenó seguirle. Nunca me había encontrado en una situación semejante, pues con mi prometido ni siqueira había intercambnaido dos palabras. Me indicó que me tumbara en su lecho, se acercó y se puso sobre mí. No pude evitarlo y rompi a llorar. No lo había hecho desde que salí de Troya. Él se apartó y me miró.

—Así, no —fueron sus palabras, y se marchó.

Me levanté y volví a mi habitación pensando que quizás la esclava anciana tenía razón. «Cuando uno sabe conformarse con el destino que le toca siempre encuentra motivos para ser feliz», me decía de vez encuando la anciana esclava con una sonrisa. Quizás adivinaba que yo empezaba a ser feliz allí. Ese lugar me gustaba, se parecía mucho a la que considero mi tierra, y a la que seguramente no volveré. Tenía mar y siempre he sabido que en cualquier sitio en que estuviera el mar, yo estaría bien. Sabía que no podía ir más allá de las murallas del palacio, que eran los límites de mi mundo y de mi vida, pero nada echaba de menos. Sabía que nada era mío dentro de esas paredes, pero

también era cierto que nada tenía fuera de ellas.

De todas maneras mi amo (es difícil acostumbrarse a tener dueño cuando siempre has sido libre, pero esa era la realidad) deseaba mi compañía por las noches. Al calor del fuego le gustaba oír mis historias y, a veces, escuchando algún relato nos sorprendía el sol. Y yo, mirando su rostro concentrado en mi historia, descubrí un sentimiento nuevo.



Un día mi amo partió de viaje. Su barco se perdió en el horizonte como una vez se perdieron las colinas de Troya. El tiempo que estuvo alejado no tenía ánimos para hacer nada y hasta la brisa del mar me hacía daño. Pasé muchas horas observando desde las murallas hasta que por fin vi despuntar su vela en el horizonte, pero al regresar no vino solo. Trajo con él a la que había de ser su esposa. No pude evitar que la tristeza anidara en mi corazón y se instalara en él.

—Deléitanos con tus cuentos —me pedía cada noche.

Yo trataba de complacerle, pero las historias que venían a mi mente eran tan tristes que siempre acababa con los ojos llenos de lágrimas, y hasta me pareció descubrir esa tristeza en su mirada.

La futura reina empezó a mirarme con recelo. Comprobó que él prefería pasar el tiempo a mi lado.

—Ya sé, ya sé quién es... Pero tú no la miras como a una esclava —le oí decir en una ocasión que discutían.

También al rey se le veía afligido y a veces quedaba absorto, sentado en el trono, sin atender a lo que sus consejeros le decían. ¿Era posible que nos amáramos los dos?



Volvió a partir el rey para apaciguar al monarca de una isla cercana que quería declarar la guerra. Después de lo vivido en Troya, no quería más guerras. Así que se marchó dejando a su prometida en el palacio. En cuanto el rey atravesó el umbral de la puerta, me ordenó encerrarme en mis aposentos y ella se hizo cargo de la casa. Allí permanecí durante días sin más visitas que las de la vieja esclava y de un sirviente de confianza del rey que no estaba conforme con lo que ocurría.

—El señor se pondrá furioso cuando se entere de lo que ocurre aquí... —me decía.

Yo no estaba tan segura.

—Pero tú eres una princesa... —añadía.

—Sólo soy un botín de guerra —le respondía yo.

Celosa, la prometida del rey planeó deshacerse de mí una noche. Su guardia

personal, la que la acompañó en su viaje desde su país, vendría a buscarme y me haría desaparecer en el mar., pero el fiel servidor de mi señor vino a avisarme y me ayudó a escapar del palacio. Las afiladas espadas de la guardia encontraron solamente unas almohadas en las que clavarse. Yo ya estaba lejos, a bordo de una pequeña barquita que fue lo único que el sirviente pudo proporcionarme. Así fue que llegué hasta una diminuta isla donde permanecí sola durante muchos meses, sobreviviendo apenas a las inclemencias del tiempo y a la amargura de mi corazón.



Un amanecer, a punto ya de sucumbir sola en la playa, vi dibujarse una la silueta de una embarcación en el lejano horizonte. No tuve fuerzas para ponerme en pie, por lo que permanecí recostada sobre la arena, rezando para que se acercasen. Pronto reconocí la vela. Cuando al fin desembarcaron, el rey al que aún pertenecía se acercó a mí, me tomó en sus brazos y me levantó.

—Perdóname por haber tardado tanto en encontrarte —me dijo.

Me llevó de vuelta al palacio, aunque lo único que recuerdo de la travesía es la cara de preocupación del rey. Pasaron varias semanas desde nuestra llegada hasta que estuve repuesta. Según me contaron los sirvientes, el rey había enviado a su prometida de vuelta a su padre, sin hacer caso de las advertencias de sus consejeros; que pensaban que eso provocaría una guerra entre los dos reinos. El rey se había mostrado inflexible. Al parecer, al regresar de su viaje, la prometida le había contado que yo había escapado con

otro sirviente y que merecía la muerte. Se habían encargado de torturar al sirviente de confianza del rey para averiguar dónde estaba yo, pero no les había dicho nada. Enterado de la verdad por el mismo servidor que me ayudó y al que apenas quedaba un hilo de vida, el rey montó en cólera y no quiso atender a razones.

Cuando estuve lo suficientemente fuerte, ordenó que me vistieran con los más ricos vestidos que había en el palacio. Después me llevó a la playa. Allí había fondeado un barco. No sabía qué pretendía con aquello, pero mi corazón latía acelerado.

—Ya nunca serás una esclava para mí —dijo—. Eres libre y recuperas por tanto tu condición de princesa. Si lo deseas, este barco te llevará lejos de aquí. A tu país.... Donde desees ir.

Pude notar tristeza en su voz. No dijo nada más. Se alejó caminando lentamente por la orilla de regreso al palacio, sin volver la mirada. Yo reflexioné unos instantes con los ojos puestos en el mar y la respuesta emergió clara en mi corazón. Corrí hacia él gritando su nombre. Él se detuvo y se giró tan lentamente como había caminado. Me sonrió y yo le sonreí. Por fin tenía algo propio sobre la tierra.

—Nunca —dijo, apretando los dientes —nunca ha habido nada tan frágil e indomable al mismo tiempo. ¡Si parece un junco en mi mano!

Jane Eyre. Charlotte Brontë

El señor de Thortonrock

Inglaterra, 1849

L legamos a la casa ya de noche. Cruzamos a pie los campos que se extendían desde la verja hasta la entrada, sintiendo hasta los huesos el viento que se abatía sobre ellos. La mansión era una sombra negra sobre la que brillaba una débil lucecita en lo que debía ser una ventana. Avanzamos a oscuras. Iluminando el camino embarrado por la ligera llovizna que había caído durante la tarde con la ayuda de un pequeño farol que el viento se empeñaba en apagar y que mi acompañante trataba de proteger con su capote. Yo tenía los pies helados y me sentía tremendamente cansada. A lo lejos se oían las ramas de los árboles golpeando unas sobre otras y el viento que silbaba entre las hojas. Alcanzamos por fin la entrada y mi acompañante golpeó la puerta con fuerza.

—¡Abrid de prisa! ¡Esta no es noche para que un cristiano la pase a la intemperie! —exclamó.

Hubieron de pasar aún unos minutos antes de que oyésemos unos pasos tras la puerta y ésta se abriera. Apareció en el umbral la figura de una anciana sosteniendo un candelabro. Traté de presentarme cuando la mujer alzó la luz hasta la altura de mi cara, pero mi acompañante se me adelantó y lo hizo por

mí. La mujer, el ama de llaves, supuse yo, me hizo pasar y mi acompañante se despidió, para mi sorpresa. Prefería volver al pueblo a pesar del tiempo, que pasar la noche allí. La anciana hizo un gesto para que la siguiera y, sin decir una palabra, me llevó a mi habitación. La casa parecía magnífica a juzgar por lo que la luz que emitía la bujía me permitía ver. No obstante, no daba la impresión de ser acogedora ni alegre.

«Quizás el tiempo y la oscuridad», pensé.



El tiempo transcurría tan lento que empezaba a resultarme insoportable. No tenía demasiado que hacer. Mi trabajo como acompañante de la señora de la casa no me ocupaba mucho tiempo. Era ya muy anciana y mis obligaciones consistían solamente en leerle por las mañanas unos poemas de algún libro que me hacía buscarle en la biblioteca. El resto del tiempo lo pasaba durmiendo. No podía levantarse y estaba empezando a perder la memoria. No recibía visitas, por eso por las tardes me aburría mucho. Incluso me preguntaba por qué me habían contratado. Aunque era agradable tener tiempo para pensar y leer, el tedio acabó instalándose irremediablemente en mi vida. El invierno seguía su camino, helándolo todo a su paso. El tiempo era tan frío que no permitía salir a pasear. Añoraba tanto mi casa...

Una tarde, aprovechando que el ama de llaves, Benson, el mayordomo, y los pocos criados que quedaban trabajando en la casa se habían retirado pronto, me dediqué a recorrer la mansión. Me habían dicho que con conocer la habitación de la señora, la mía que estaba al lado y la biblioteca en frente, era

suficiente. Así que casi no había podido ver más allá de media primera planta, porque hasta comía en la habitación de la señora. Las miradas de reproche que me dedicaban cuando me encontraban fuera de «mi sitio», eran suficientes para hacerme desistir. No me apetecía discutir por esa razón, pero ese día estaba decidida a descubrir la casa. Fingí que me iba también a mi habitación, pero me quedé detrás de la puerta aguzando el oído. Cuando hubo pasado un buen rato sin oír nada, me decidí a salir. No podía contener mi curiosidad. Yo venía del sol, del calor, de la luz y debo confesar que aquellas tierras áridas y salvajes me fascinaban. El viento volvía a ser intenso en su golpear las ventanas y se escuchaba su silbido lejano entre los montículos.

Un pequeño candelabro era lo único que me servía de iluminación y debo reconocer que la casa silenciosa y oscura que se abría ante mí imponía cierto respeto. Me impresionaban las gruesas paredes, los tapices y hasta las armas medievales que colgaban en los salones. Fui recorriendo habitaciones hasta llegar a una que parecía ser un estudio. Era con mucho, la mejor habitación de la casa. Era acogedora y confortable. Aunque no estaba decorada con excesivo lujo, tenía cortinajes de terciopelo y una colección de libros cuidadosamente encuadernados. Me senté en un sillón que había frente a la chimenea. Al ir a colocar el candelabro sobre ella pude ver con detalle el enorme retrato que presidía la estancia. Debía ser el señor. Me habían hablado de él. Era el nieto de la señora que cuidaba. Según decían no solía venir mucho por la casa. Era alto y fuerte con cabellos rubios que caían sobre los hombros y que le daban un aspecto salvaje que contrastaba con lo elegante de su indumentaria. También la expresión de sus ojos grises era extraña, indefinible. Mis sentimientos hacia esos seres reconcentrados de ojos claros y piel tan blanca que parecía traslúcida a fuerza de no ver el sol durante meses, eran confusos. Mi piel también era entonces muy blanca, pero mis ojos eran dos abismos

negros que contrastaban con ella y le daban vida. Estaba así, observando el cuadro cuando una voz a mi espalda resonó.

—¿Disfruta usted de mi estudio?

Me quedé paralizada por la impresión. No esperaba encontrar a nadie y lamenté que mi pequeña escapada hubiera sido descubierta.

—No se quede así, sin decir nada.

Me giré lentamente y fue como si la figura del retrato se hubiera bajado del cuadro y se hubiera colocado frente a mí. Una ola de calor me subió por la cara.

—Es usted quien se encarga de acompañar a mi abuela, ¿no es cierto?

—Sí, yo... Estaba... Lo siento, solo intentaba leer —balbuceé.

—Está bien, pero mientras yo esté en la casa, no deseo ver a nadie. Procure que no se repita.

—Sí, señor —contesté y me marché temblando todavía pero con la cabeza muy alta, intentando mantener la dignidad.

Me encerré en mi habitación y no volví a salir hasta el día siguiente. Ese fue nuestro primer encuentro y no me gustó demasiado. A partir de ahí yo procuré no cruzarme en su camino, pero inevitablemente acabábamos encontrándonos por los pasillos. Me sentía un poco incómoda cuando me miraba desde su

altura como si intentara escudriñar mis pensamientos. Al parecer su abuela le había hablado de mí. Le había dicho que yo tenía la voz más dulce que había escuchado jamás.

—Ha encantado usted a mi abuela —me dijo en una ocasión que nos encontramos en la entrada de la casa.

—Es muy amable conmigo...

—¿Es lo único interesante que ha encontrado en esta casa?

Le miré sorprendida.

—Yo...

—No se preocupe, puede retirarse —concluyó dejándome totalmente confusa. Parecía que se complacía en ello.

Yo no sabía si él conocía mi historia. Cómo había vivido con mi abuelo en su gran mansión hasta que murió y todo pasó a mi tío. Sí... Mi vida con mi abuelo había sido maravillosa. Tenía ideas avanzadas y me dio una educación muy superior a la que se consideraba oportuna para una mujer.

«¿Por qué has de tener tú menos oportunidades de conocer el mundo que un hombre? Es injusto. Estas tierras se han conservado gracias a la inteligencia y al tesón de mi madre. Ella sí tenía carácter», solía decir.

Lo que pasó después fue muy duro para mí. Mis tíos y primos no me

comprendieron. En aquella época estaba dorada por el sol debido a la vida al aire libre que mi abuelo llevaba y a quién yo seguía, así que el comentario de bienvenida de mi tía fue:

—La piel de una dama debe ser blanca inmaculada. Tu abuelo no debió dejarte corretear por el campo a tu antojo como si fueras una pequeña salvaje.

Era tan extraña aquella sociedad que le permitía a una mujer mentir y fingir pero no le perdonaba tener cerebro. Tampoco me permitieron acceder a lo que mi abuelo me había dejado en herencia. Decían que yo era demasiado joven y que ellos lo administrarían. Lo que más me dolió fue que mi tía llevara el collar de mi abuela, que había de ser mío, a una fiesta en la corte, cuando a mí no me dejaban ni mirarlo. Finalmente quisieron casarme por conveniencia con un hombre al que no podía soportar.

Una amiga me habló de este trabajo. Su marido y el señor Thorton fueron compañeros de estudios, aunque hacía mucho tiempo que no se veían. Fue por casualidad que se había enterado que buscaba una señorita de compañía para su abuela. El marido de mi amiga, recordando viejos tiempos, se había puesto en contacto con él y le había hablado de mí. Debía trabajar para otros y además dejar mi país, pero cualquier cosa era preferible al destino que me habían preparado. A la anciana señora le gusté más por mi decisión y no dejaba de alabarme por ello. Parecía haberse animado desde mi llegada a Thortonrock, le gustaba tener compañía nueva, pero de vez en cuando volvía a caer en la melancolía. Su nieto le preocupaba.

—Si alguien pudiera ayudarle... Le consume la amargura —me dijo la anciana en una ocasión, pero no pudo explicarme por qué.

El señor sólo se quedó una semana en Thortonrock y no pasamos de fugaces encuentros en los pasillos, pero al menos me dio un aliciente para aquellos días. Descubrir qué pasaba en aquel lugar. Un misterio envolvía la casa. Lo había notado en la piel desde el primer instante, pero para entonces ya estaba segura. Ningún vecino nos visitaba. Nadie se acercaba por la mansión. Y cuando alguien debía traer algún recado, permanecía el tiempo indispensable y enseguida desaparecía por el camino. Yo había encontrado un ejemplar de Jane Eyre en la biblioteca y mi imaginación se había desbordado pensando que había algún loco en la familia encerrado en alguna parte de la propiedad. Por la noche, cuando todo quedaba en silencio, procuraba escuchar atentamente por si alguien gritaba o gemía, pero nada. No se oía nada. En aquella casa solo estábamos nosotros.



En el pueblo había mercado una vez a la semana, por lo que una mañana decidí acercarme a hacer algunas compras. Estuve caminado entre los puestos aprovechando mi momento de libertad, examinado las mercancía expuestas, reconociendo los olores y empapándome del habla de las gentes. Me paré en uno de ellos que exponía fruta y verdura. El vendedor me dijo al verme:

—Se nota que no es de por aquí. No la había visto antes.

Yo sonreí.

—Tiene razón —respondí y le expliqué de dónde venía.

—¿Y qué hace tan lejos de su casa?

—Trabajo en Thortonrock —añadí.

El hombre se puso serio y contestó:

—Márchese de allí. Hágalo lo antes posible, señorita.

Por mucho que le interrogué, no quiso decirme nada más. Volví a la mansión preocupada y asustada. Tenía que averiguar qué pasaba porque debía ser algo muy serio y tenía la sensación de que yo era la única que no lo sabía. Algo flotaba en el ambiente de la casa cuando se pronunciaba el nombre del señor Thorton que me inquietaba. Decidí escribir a la amiga que me había recomendado. Ella debía saber algo sobre este misterio.



El señor Thorton volvió a pasar unos días. Esta vez decidí observarle en lugar de permanecer alejada. Me quedaba más tiempo en la biblioteca y salía al pasillo cuando oía pasos para hacerme la encontradiza. Él no parecía contento de verme, pero mi curiosidad podía más.

—¿Qué sabe usted de mí? —preguntó un día que llegamos los dos a la biblioteca casi al mismo tiempo.

—Yo... Nada en realidad... Nadie se dedica a chismorrear por aquí.

Él me miraba desde su altura, como siempre, con las manos a la espalda, sereno, pero con esa tristeza en la mirada. Era como si me estuviera midiendo, como si quisiera evaluar mi carácter.

—Mejor así... Y ahora, retírese, por favor. Quiero estar solo.

Así solían acabar nuestros encuentros. Una fugaz charla que en un principio parecía que iba a ser más profunda. Yo me marchaba un poco decepcionada por no haber avanzado nada en mis pesquisas. Estaba claro que algo le consumía por dentro. Desde mi ventana podía verle pasear por el jardín sin importar el frío o la lluvia. Caminaba lentamente hasta llegar hasta uno de los bancos de piedra y allí se sentaba con la mirada perdida durante horas. Una vez alzó la vista y me descubrió tras las cortinas. Su mirada era tan penetrante e intensa que tuve que apartarme de la ventana. Sufría, sin duda, pero ¿por qué? ¿Cuál era el misterio impenetrable que le rodeaba? Nunca he sido cobarde así que estaba decidida a quedarme y a descubrir lo que fuera.



La primavera llegó por fin con una explosión de color tal que nunca lo hubiera podido imaginar en un lugar como aquel. Yo era más feliz porque podía pasar el tiempo libre en el jardín y paseando por los alrededores. Incluso bajar al pueblo más a menudo. El señor Thorton se había marchado a finales de febrero y, como siempre, no había dejado noticia sobre cuando regresaría. Por alguna razón que me resultaba desconocida, sentía la casa vacía sin él. Pero por fin el buen tiempo había llegado para distraer mis pensamientos. Podía dar

interminables paseos por el bosque o caminar hasta el río, aunque lo que más me gustaba era cuidar las flores del jardín. Cuando encontraba algunas que me gustaban especialmente, las recogía y las llevaba a la habitación de la anciana señora.

—Ya es primavera... La vida vuelve a Thortonrock —dijo cuando le llevé el primer ramo de la temporada—. Aunque no lo creas hubo un tiempo en que esta casa era alegre y se daban las mejores fiestas de la comarca. Entonces yo podía bailar... Hace tanto de eso... —añadió con melancolía.

También puse flores en mi habitación. Estaba decidida a alegrar un poco la casa así que pensé hacer lo mismo en el estudio. Cuando llegué con el jarrón, el señor Thorton leía en su sillón. Sin duda había regresado durante la noche y nadie me lo había comunicado. Cuando me escuchó levantó la mirada del libro y a mí me dio un vuelto el corazón.

—¿Flores? —preguntó—. ¿De dónde son?

—De vuestros jardines —respondí yo—. ¿No las reconoce?

Era curioso que se pasase el día allí cuando estaba en la casa y no se fijase en ellas.

—No me preocupan las flores —respondió secamente.

—Puesto que no las aprecia, no las merece —dije yo y me marché con el jarrón.

Esa tarde, dado que la anciana señora dormía, me quedé en mi habitación. Estaba enfadada.

«¿Qué clase de hombre es ese?», me repetía.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté con recelo.

—Soy Benson, señora. El señor Thorton me envía a decirle que la espera en su estudio.

—¿A mí? —pregunté con cierta sorpresa.

—Sí, señorita. Ahora mismo está allí esperándola.

—Gracias, Benson. Bajo enseguida.

Lo cierto es que tuve sentimientos encontrados. Por un lado me asusté un poco. Quizás iba a pedirme que me marchara por lo ocurrido por la mañana. Pero por otra parte también me alegré porque empezaba a gustarme estar con él. Me estiré bien la falda y bajé. Cuando llegué al estudio me esperaba una sorpresa. Había puesto flores en la chimenea.

—Solo quería disculparme con usted —me dijo cuando me oyó entrar—. Ha alegrado esta casa y a mi abuela y no debí comportarme así.

—No era necesario —respondí yo.

Él, que estaba de cara a la ventana contemplando el jardín, se giró.

—Tiene usted mucho carácter.

Yo bajé la vista y dije:

—No, simplemente trato de defenderme.

—Sí, la comprendo. Mi abuela me ha hablado sobre usted. Supongo que habrá tenido que defenderse de mucha gente.

Le sonreí. Estando tan cerca tuve la oportunidad de fijarme bien en él, en su rostro, en sus ojos. Entonces me di cuenta de algo. No lo había pensado hasta ese momento. Sus ojos eran los mismos que los del cuadro, pero su expresión era distinta. Los del cuadro eran fríos y crueles. Daban miedo. Los suyos en cambio eran de expresión más dulce, aunque no tenían paz. Un increíble dolor se reflejaba en ellos. Sin duda el retrato había sido pintado en una etapa diferente de su vida. Supuse que algo había sucedido que le había hecho cambiar.

—Pero, siéntese...

—Yo... — balbuceé con duda.

—¿No me tendrá miedo? — preguntó.

—Por supuesto que no —respondi desafiante y me senté disimulando el

temblor en las piernas.

Él me miró complacido y se sentó también.

—Así que ha conquistado totalmente a mi abuela...

—Yo, solo intento hacer bien mi trabajo... Además la señora es encantadora y por eso no es difícil cogerle cariño, señor Thorton.

—Me llamo Robert.

Le miré sin comprender.

—Dado que ese es mi nombre, puede llamarme así —continuó.

—No me parece apropiado...

—¿No me diga que es de esa clase de personas...? Yo decido qué es apropiado en mi casa.

—Bien, si usted insiste.

—Insisto.

—¿Le gusta estar aquí?

—El tiempo en invierno es mucho más duro que en mi país, pero la casa es impresionante.

—No es eso lo que le he preguntado —insistió mirándome fijamente.

—Preferiría ser libre de elegir mi camino... —respondí yo con sinceridad.

—Buena respuesta. Ya me habían advertido de que era una «pequeña salvaje»...

Me levanté indignada:

—No creo que, porque trabaje para usted, tenga derecho a burlarse de mí.

El señor Thorton me miró, yo diría que con agradable sorpresa.

—No se ponga así. No pretendía molestarla. Es usted muy menuda para ser tan guerrera —añadió como sopensando mi fragilidad.

—No creo que eso sea cuestión de tamaño.

—Tiene razón, disculpe de nuevo... Pero siéntese... Por favor.

Volví a sentarme, pero permanecí en tensión. Nunca sabía a qué atenerme con el señor Thorton.

—Y dígame, ¿hay algo aquí que le guste? —preguntó de nuevo cambiando el tono.

—Los jardines son magníficos.

—Me alegro que les de su aprobación — dijo con media sonrisa.

Me daba la impresión de que jugaba conmigo, de que se complacía confundiéndome y observando mis reacciones. Pasamos la tarde charlando y poco a poco me sentí más cómoda. Desde ese día nos encontramos de vez en cuando en su estudio o salíamos a pasear juntos por el jardín. A veces tenía la sensación de que Robert luchaba consigo mismo, porque lo mismo me pedía que me marchara que era él quién venía a buscarme. Fue así como descubrí que le amaba como nunca había amado a nadie. Uno de aquellos días, al mirarle a los ojos, lo supe. Comprendí por qué me entristecía tanto cuando se marchaba y por qué estar con él se había convertido en lo más importante de mi vida. Nuestra relación se había hecho más estrecha y incluso habíamos empezado a tutearnos, pese a mis reparos, pero a pesar de todo, yo no sabía lo que él sentía por mí. Probablemente solo le servía para aliviar la soledad que le invadía cuando estaba en la mansión. Me entristecí, yo sólo podía ser una distracción para las horas solitarias. No importa lo rica que hubiera sido mi familia, ni lo rica que siguiera siendo, yo no era más que una empleada allí y no disponía de ningún capital propio. Que se fijara en mí era un imposible. Aún así esperaba con ansia cada tarde para volver a estar con él.

En una ocasión llegamos paseando a la linde de la finca. Hablando de todo y de nada a la vez, se nos había pasado el tiempo. Vimos que se acercaba un jinete por el camino, pero no le prestamos atención y seguimos con nuestra charla.

—Sí... La propiedad ha estado habitada desde época normanda... Cuenta la leyenda que el primer Thorton del que se tiene noticia, al llegar a este lugar, se

sentó a descansar en una roca... De ahí el nombre de la casa.

—¿De verdad?

—Sí, en aquella de allí —me indicó señalando una piedra que asomaba apenas entre la maleza.

—Te burlas de mí...

—Te digo la verdad... Se sentó, miró a su alrededor y dijo mirando hacia la colina: «allí construiré mi castillo». Y hasta hoy.

—No puedo creerlo —respondí con una sonrisa—. Aunque no me sorprende, el paisaje es impresionante.

—Ya sabes como son las leyendas...

Habíamos olvidado al hombre que se acercaba por el camino, pero al llegar a nuestra altura, frenó su montura con una expresión de sorpresa e ira. Lo que vi en los ojos de Robert no podría explicarlo con palabras.

— Tú —dijo aquel hombre fuera de sí—. ¡Tú mataste a mi hija! ¿Cómo te atreves a volver aquí?

Quedé horrorizada ante semejante acusación. No pude hacer otra cosa que quedarme inmóvil contemplado la escena que tenía lugar ante mí.

—No sabe lo que dice. Márchese, está en mis tierras —contestó Robert con

furia, mientras daba una palmada al caballo que se alejó al galope llevando a su jinete lejos de nosotros.

El señor Thorton se giró sobre sus talones y tomó el camino de regreso a la mansión a paso ligero. Apenas podía seguirle.

—Robert, por favor, espera —supliqué mientras trataba de alcanzarle.

—Aléjate de mí. Es lo mejor que puedes hacer. Esto ha sido un gran error — contestó sin volverse siquiera.

Al final tuve que pararme a tomar aire y solo pude ver cómo se perdía entre los árboles. Cuando por fin llegué a la casa y pregunté por el señor, Benson me indicó que el señor Thorton había dado indicaciones de que no se le molestara. Aún así, me escabullí de la mirada del mayordomo e intenté verle, pero fue inútil. Se había encerrado en el estudio y no respondió a mis llamadas. Me marché a mi habitación asustada y confusa. ¿Qué ocurría en aquella casa? Al día siguiente supe que el señor Thorton se había ido aquella misma noche y que había indicado que se marchaba al extranjero por tiempo indefinido.



Acabó el verano y el otoño y regresó el invierno, aunque en mi corazón se había instalado el frío desde que Robert se marchara y yo fuera testigo de aquella terrible acusación. Durante aquel tiempo había intentado averiguar algo más, pero todos seguían sin querer hablar del pasado. Traté de sonsacar a

la anciana señora, pero ella solo repetía:

—Él es bueno, estoy segura... Robert era un niño tan encantador...

Lo intenté de nuevo con los criados porque estaba desesperada y no sabía qué hacer. Desde que Robert se había marchado no había dado señales de vida. Ni una carta... Nada. Nadie tenía noticias.

—No se preocupe, no pasará nada si no remueve viejas historias —fue la advertencia de Benson.

No me atreví a seguir preguntando. Pasaron los días y a principios de febrero llegó carta de mi amiga. Ya había olvidado que le había escrito pidiendo noticias. Habían estado varios meses de viaje y fue al regresar a su casa cuando supieron de mi carta. Por eso había tardado tanto en contestar. Se mostraba preocupada y hasta se sentía culpable por haberme hablado de este trabajo. Después de leer mi carta había hecho averiguaciones sobre él y las noticias no podían ser peores. Todo lo que me contaba en aquella carta sobre Robert a mí me resultó increíble.

Al parece poco después de acabar los estudios su padre murió y heredó la mansión, Thortonrock, y las tierras. Entonces empezó a beber con más frecuencia y también a jugar. Su caracter se volvió cada vez más cruel. Llegó a matar a un criado a bastonazos en una borrachera, pero no hubo testigos y se determinó que el hombre se había caído por una ventana. Nadie en los alrededores creyó esa versión y por eso nadie quería trabajar para ellos. Sólo quedaban los viejos criados que le habían cuidado desde niño y que no se marchaban para no dejar sola a su abuela. La anciana no quería dejar la casa.

Habia rumores de que incluso había matado a su hermano. Las deudas se amontonaban, pero nadie tenía valor para venir a pedirle cuentas. Finalmente se metió con gente muy peligrosa a la que llegó a deber grandes cantidades de dinero. Entonces decidió que se casaría con alguna rica heredera para conseguir salvar la propiedad. Así empezó a cortejar a la hija de un hacendado que tenía una finca muy próxima a la suya. Se mostró encantador con ella y la joven, ingenua e inexperta, se enamoró locamente de él. A pesar de la oposición tajante de su familia, la muchacha accedió a fugarse con el señor Thorton. Ante los hechos consumados el padre de la joven no tuvo más remedio que consentir la boda para evitar el escándalo, pero la vida de la muchacha se convirtió en un infierno. Enseguida empezó a beber de nuevo y según se comentaba por el pueblo, le pegaba con frecuencia. Ella no quería preocupar a sus padres y soportó la situación durante todo un año, pero una noche en que el señor Thorton estaba más violento que de costumbre, la muchacha huyó de la mansión a pie por los bosques. En la oscuridad no vio que se dirigía hacia un barranco y cayó por él. Murió en el acto y más tarde se supo que esperaba un niño. La familia de la muchacha se enfrentó al señor Thorton. El padre le retó a un duelo, pero aquel, cuando estaba sobrio era un gran tirador, y salió ileso del trance, mientras que el pobre padre resultó gravemente herido. Después de eso su fama de crueldad no dejó de crecer y se extendió por todo el condado. Mi amiga me suplicaba que abandonara Thortonrock lo antes posible.

Esa era la historia de Robert Thorton. Yo permanecí anonadada durante un rato con la carta en la mano sin saber qué hacer ni qué pensar. Estaba horrorizada. No podía ser cierto. Robert no podía ser el monstruo que describían. Recordé la mirada de aquel hombre con que nos cruzamos aquella tarde y el odio que destilaban sus palabras. Lo comprendí perfectamente, pero Robert no podía

ser el hombre que le había hecho eso a su hija.

A partir de ese momento no tuve un momento de sosiego. No podía más que imaginar aquellos sucesos terribles para recordar después el tiempo que habíamos pasado juntos... Si alguna vez Robert había sido así, ahora era diferente. Estaba segura, ¿o me engañaba? Empecé a tener pesadillas en las que veía a la esposa de Robert corriendo en camisón por los pasillos de la mansión con la cara arañada por las ramas de los árboles del bosque, a aquel pobre criado y hasta la imagen de su hermano que me advertían, pero al final de mi sueño siempre veía a Robert con la mirada del cuadro primero y con la que tenía en realidad. Me despertaba con empapada en sudor y temblando. Aquella situación no podía continuar por lo que me decidí a hablar abiertamente con la señora. Esperé un día que se encontraba más lúcida y animada.

—Debo hablar con usted.

—¿Qué te preocupa? Hace días que te observo y sé que algo te atormenta. Esperaba que confiaras en mí.

—Es que he oído cosas en el pueblo...

La señora hizo un gesto de impaciencia y dijo:

—No hagas caso de lo que murmuren por ahí...

—Lo siento, pero lo que he oído es demasiado grave como para no prestar atención. Lo que se comenta del señor Thorton...

—Te aseguro que el señor es bueno... Tienes que creerme... Robert... Robert era un niño encantador... Sí, pero aquella caída del caballo.... Tenía apenas ocho años y se había empeñado en saltar una valla demasiado alta para él. En un descuido se subió al caballo, a pesar de lo pequeño que era. Cayó de cabeza... Fue terrible. Estuvo a punto de morir. Cuando despertó no era el mismo... Y aquella horrible cicatriz en el cuello, junto a la espalda... Siempre se avergonzó de ella y por eso ni siquiera quería ir a bañarse al río con los demás niños. Pero se recuperó, era un niño fuerte. Y el señor Thorton es bueno. Es mi nieto, tiene que serlo...

—No se esfuerce... Tranquila —dije yo al verla que empezaba a respirar con dificultad.

La anciana señora empezaba a fatigarse y a decir incoherencias y me sentí culpable por haberla excitado con viejos recuerdos.

—No irás a dejarme, ¿verdad? No quiero quedarme sola en esta casa otra vez...

—No, no se preocupe, pero ahora descanse —concluí yo arreglándole las almohadas para que pudiera dormir.

Los días siguieron transcurriendo con monotonía y sin que yo pudiera encontrar alivio a mi incertidumbre. La anciana señora sufrió un empeoramiento de su situación, pero ni yo ni nadie en la casa sabía dónde encontrar al señor Thorton para avisarle. Aún así, una mañana Benson me trajo una carta a mi habitación. Era de Robert y en ella, en un tono que volvía

a ser frío y distante, me pedía que me marchara de Thortonrock antes de que él regresara. No quería verme allí cuando volviera. Para mí ya era tarde, le amaba demasiado como para irme sin descubrir la verdad. Me quedé.



Una noche de tormenta Robert volvió al fin. La lluvia golpeaba con saña las ventanas y parecía que la naturaleza había desatado toda su furia sobre Thortonrock. Yo estaba en su estudio, como siempre, sentada junto a la chimenea envuelta en una manta, pensando. Cuando entró y me vio allí, su rostro se transformó.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso te atreves a no obedecer mis órdenes? —gritó furioso.

Nunca le había visto de ese modo, pero aún así permanecí lo más serena que pude al contestar.

—Tu abuela me necesita... No podía dejarla sola.

—¡Tienes que alejarte de aquí.

—¡No quiero irme! Ya es demasiado tarde, ¿no lo entiendes? —respondí yo sin importarme si me ponía en evidencia.

La tensión de los últimos meses había sido tal que me importaba más conseguir una respuesta que mantener la compostura. Robert paseó delante de

mí con los músculos rígidos por la tensión. Los relámpagos eran la única iluminación de la habitación aparte de la chimenea, pues una corriente de aire había apagado el candelabro que estaba colocado sobre la mesa, pero ninguno de los dos prestó atención.

—No puedo permitir que te quedes.

Me acerqué a él intentando conseguir que me mirara y me diera una explicación.

—¿Por qué me alejas de ti así? —pregunté.

—Porque te amo... —respondió en un susurro.

—Pues no lo entiendo, yo sí que te amo y por eso no te dejaría por nada del mundo.

Él fijó sus ojos en mí y me atrajo hacia él.

—Yo también, no lo dudes... Por eso debo pedirte que te vayas.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo sin comprender —. Si yo te quiero y tú también... ¿Es porque yo soy tu empleada?

—No —sonrió él —. Eso no tiene nada que ver.

—¿Entonces? Quiero compartir tu destino.

Robert se alejó unos pasos y se quedó frente a la chimenea mirando el fuego durante unos instantes.

—¿Estás segura? ¿Serás capaz? —preguntó con voz profunda—. Ya sabes lo que dicen del señor de Thortonrock.

—Pero yo no lo he creído... Te conozco, no puede ser.

—Pues es cierto. Robert Thorton hizo todo eso que te han contado —añadió girándose y mirándome fijamente.

—Robert —balbuceé yo sintiendo en mí ese dolor que siempre había visto en sus ojos.

—Si, desde la primera cosa a la última. ¿Podrás querer ahora al señor de Thortonrock?

—No te creo, no puede ser... Dime la verdad —insistí yo implorando un milagro.

—Esa es la verdad...

—No —murmuré yo con un hilo de voz.

—¿Quieres saber la verdad? ¿Quieres oírlo todo de mis propios labios? ¡Bien, yo te la diré! —exclamó con furia.

De pronto parecía presa de un delirio. Me agarró por el brazo y me arrastró

fuera del estudio. Me asusté, pero estaba decidida a todo. Recorrimos la mansión a toda prisa hasta llegar a los sótanos. Allí Robert abrió una puerta camuflada tras una alhacena. Había unos pasadizos, los cruzamos y llegamos a una especie de patio subterráneo. No tenía ni idea de que esa parte de la casa existiera.

—Estamos fuera de la casa, aunque no lo parezca. Estamos debajo del bosque —dijo Robert como contestante a una pregunta que yo no había formulado.

En un rincón había un pequeño montículo. Parecía una tumba. No pude evitar quedarme mirándolo fijamente.

—Sí, es una tumba – dijo él como leyéndome de nuevo el pensamiento — . Ahí reposa Robert Thorton, si es que puede encontrar descanso.

Le miré espantada temiendo que se hubiera vuelto definitivamente loco.

—No me mires así. Es cierto. Has descubierto la gran mentira. Yo no soy Robert Thorton...

Tuve que sentarme sobre una especie de roca que había en al otro lado del patio, lejos del montículo. Mis pensamientos giraban desordenados intentando encontrar un sentido a todo aquello. ¿Estaría loco de verdad Robert, tal como todos creían? Continuó hablando.

—... soy William, William Thorton. Hermano gemelo de Robert.

—¿Qué estás diciendo? No... —dije yo creyendo que pretendía zafarse de

todos los crímenes que había cometido, porque si sentía la necesidad de inventar algo así, era porque sin duda lo que habían contado sobre él era cierto. Me estremecí.

Se giró lentamente aflojó el cuello de la camisa y se levantó el pelo. Su cuello, su nuca, su espalda estaban limpios. No tenían ni una marca.

—¡No tienes la cicatriz! ¿Cómo puede ser? Entonces es verdad. Tú...

—Mi hermano nació primero, así que fue considerado el heredero legítimo — comenzó a explicar muy lentamente —. Mi padre nos envió lejos a mi madre y a mí para evitar malos entendidos. Había pasado ya por eso con su hermano. Habían tenido graves problemas relacionados con la herencia y no estaba dispuesto a repetir el error de sus padres. Así que nos alejó de aquí, mientras él iba y venía a visitarnos. De esta forma, cuando yo tenía unos tres años, regresamos todos y mis padres dijeron que yo era el hermano pequeño de Robert. Todo el mundo pensó que nos llevábamos al menos un año de diferencia, aunque a todos asombraba nuestro increíble parecido. Cuando nuestros padres murieron, él heredó Thortonrock. Y la abuela nos contó la verdad. Habíamos nacido al mismo tiempo...

Mientras hablaba, yo no podía evitar mirarle fascinada por lo que contaba. Había tanto dolor en sus palabras, pero al mismo tiempo, tanto alivio por poder decir por fin en voz alta lo que llevaba tanto tiempo callando.

—¡Ah! Mi hermano era el ser más cruel y malvado que hayan conocido estos parajes... Sólo nos llevamos bien de muy niños.

—La caída del caballo —susurré yo.

—No sé, apenas lo recuerdo... Sólo lo que la abuela me contó... La cuestión era que resultaba imposible vivir con él. La abuela era a la única que a la respetaba un poco y eso era porque no salía de sus habitaciones. No se interponía en su camino...

—¿Qué ocurrió?

—Temía mi parecido... Finalmente, yo solo venía a Thortonrock a visitar a la abuela, pero un día estuvo a punto de matarme. Tuve que huir y no regresar. Sólo Benson conocía mi paradero.

—Pero, ¿cómo acabaste siendo Robert...?

—Robert perdía mucho dinero a las cartas y no tenía más que deudas. Lo heredado de su pobre esposa no le duró ni un año. Una noche cayó por las escaleras en una de sus borracheras. Thortonrock se perdería si se extendía la noticia de su muerte. ¿Qué hubiera sido de la abuela en sus últimos años si la hubieran echado de su hogar? Su vida siempre ha estado aquí. Así que Benson no dijo nada a nadie, lo enterró ahí y me mandó llamar. Debía tomar su lugar o los acreedores se quedarían con todo. Mi abuela acabaría sus días lejos de su casa y los viejos criados, ¿quién podía saber lo que sería de ellos? Tuve que hacerlo... Y desde entonces he tenido que soportar que la gente se aparte de mi camino, que nadie se atreva ni a hablarme y que me consideren un asesino... Dime, ¿soportarías tú eso?

Entonces entendí su dolor. Me acerqué a él y apoyé mi mejilla sobre su pecho.

Su corazón estaba tan acelerado como el mío.

—Sí, claro que lo haría.

Él me acarició suavemente la espalda.

—Eres tan joven... Demasiado para comprender lo que significa —dijo —No puedo permitir que hagas eso.

—Por favor, deja que me quede a tu lado.

—No me lo hagas más difícil. Debo pedirte que te marches esta misma noche.

—No, no puedes apartarme así – dije aferrándome a su brazo.

En ese momento noté como su respiración se agitaba. Me tomó las manos y me apartó suavemente, me miró y en ese instante se inclinó hacia mí buscando mis labios. Me besó con una fuerza que me dejó aturdida, pero no pude evitar corresponderle y así quedamos abrazados un rato sin poder dejar de besarnos. Cuando por fin recobramos la calma, dije:

—Pero... ¿Cómo puedes pedirme que me vaya después de esto? Es imposible, tengo que quedarme contigo.

—No, tienes que irte. ¿No te das cuenta de que me estoy controlando para no besarte, para no tomarte entre mis brazos... ? No puede responder de lo que pase si continúas aquí, así que, por favor, no me obligues echarte... No tienes que preocuparte por nada. A través de mi abogado he conseguido que puedas

trabajar para una familia de la ciudad. Necesitan quién se ocupe de los niños. Puedes empezar a trabajar para ellos si no quieres volver a tu casa. Después podrás elegir tu camino...

No quería escucharle, me apoyé de nuevo contra su pecho sin poder evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas. Finalmente me tomó suavemente de la mano y tiró de mí. Salimos de los pasadizos paseando lentamente como si no quisiéramos que acabasen aquellos momentos, los últimos que íbamos a pasar juntos. Atravesamos una puerta que no daba a la alhacena por la que habíamos salido, sino que nos encontramos en el jardín. La tormenta había cesado y un espléndido cielo se abría sobre los campos, aunque en mi corazón seguía nublado. Y quién podía saber si volvería a brillar el sol.

Aquella misma noche salí de Thortonrock. No quise ser la causa de que aumentara su sufrimiento. Abandoné la mansión de la misma forma en que había llegado, pero entonces también me llevaba un corazón destrozado. Acepté el trabajo que me había propuesto William para tener un sitio donde ir. Necesitaba un lugar donde pensar.



Los meses pasaron sin sentir, pero los días seguían haciéndose eternos. Al menos mi situación había cambiado. Mi tío había caído enfermo y, no sé si por remordimiento o por qué, había accedido finalmente a entregarme la suma de dinero que mi abuelo me había dejado en herencia, así como las joyas de mi abuela que me correspondían. Eso me permitía no tener que trabajar para vivir. Aún así continué en York. Los niños que había estado cuidando durante

unos meses eran encantadores y me había hecho muy amiga de Margaret, su madre, por lo que me invitó a quedarme con ellos el tiempo que hiciera falta; hasta que decidiera qué hacer. No quería abusar de su hospitalidad, por lo que alquilé una casita cerca de ellos. A pesar de todo lo ocurrido, me resistía a dejar Inglaterra. Así me sentía más cerca de William, de quién no había vuelto a tener noticias. No obstante acompañé a mis amigos a la capital para pasar la temporada. Me alojaba en su casa y esperaba poder asistir a los principales acontecimientos sociales. La temporada londinense era famosa por sus bailes y sus cenas de gala, y aunque yo no fuera especialmente amante de la vida social; necesitaba distraerme y esperaba conseguirlo así.

La primera noche asistimos a una recepción en casa de los duques de Hereford. Yo había podido encargarme un par de vestidos para la temporada. No podía poner en evidencia a mis anfitriones delante de sus amigos, por lo que debía vestir de manera apropiada. También llevaba puesto el collar de diamantes que tantas veces había visto en el cuello de mi abuela. Era el único recuerdo que tenía de ella.

—Estás preciosa —me habían dicho mis amigos antes de salir.

Me sentí halagada, pero no pude evitar que un velo de tristeza recorriera mi rostro. El único que deseaba que me viera así, no iba a hacerlo.

Llegamos al palacio de los duques y me impresionó el brillo de los candelabros, el lujo de la decoración y la elegancia de los invitados. Varios caballeros se interesaron por sacarme a bailar, pero yo no estaba de humor. Aún así, acepté bailar con ellos.

—No puedes quedarte sentada toda la noche – me había dicho Margaret.

Pero yo estaba deseando regresar a mi asiento. De pronto el duque se dirigió hacia donde estábamos sentados.

—Señoras, aquí hay un caballero que desea conocerlas.

No podía ver quién era porque permanecía detrás del duque. Tampoco estaba interesada, no tenía ganas de bailar más.

—Permítanme presentarles al señor William Thorton.

Me quedé sin respiración durante unos instantes. ¿Había oído bien? Enseguida el duque se apartó y pude verle. Era él. Era William de verdad.

—Encantada —dijo Margaret—. Tengo entendido que Elena conoció a su hermano Robert.

William se acercó a mí sin dejar de mirarme fijamente y me besó la mano. Seguro que notó como temblaba.

—Sí —dije yo timidamente—. Acompañaba a su abuela en Thortonrock.

—Precisamente, el señor Thorton acaba de heredar la propiedad —continuó el duque.

—¿De veras? —pregunté algo desconcertada.

—Así es... —confirmó William.

—Un asunto muy triste... Al parecer Robert Thorton, su hermano, salió a montar una noche y cayó al río... El caballo permaneció junto a la orilla. Encontraron su sombrero y la fusta que llevaba en la mano, pero no encontraron el cuerpo... Lo siento, William, a veces hablo demasiado.

—No se disculpe. Eso debió pasar... Y no es ningún secreto que no me llevaba bien con mi hermano y que hacía años que no le veía... Aún así lamento lo que le sucedió.

—Pero esto es una fiesta y lo que debemos hacer es sacar a bailar a estas hermosas damas —añadió el duque más animado.

William me invitó a bailar y el duque hizo lo propio con Margaret, ante la mirada divertida de su marido que sabía que no le gustaba bailar con él. Sus pies siempre se resentían, pero negarse hubiera sido muy descortés. Mientras, William y yo nos mezclamos entre las parejas que giraban alrededor del salón. Ya no teníamos ojos para nadie más.

—No puedo creer...

—Ni yo. Por fin tenerte entre mis brazos...

—No permitas que me aleje nunca de ti.

—No, eso no volverá a suceder —respondió con una sonrisa.

—¿Cómo ha ocurrido este milagro? Aún no puedo creerlo —pregunté si poder aguantar más.

—William Thorton siempre ha tenido sus negocios en ultramar. Cuando dejé Thortonrock la primera vez embarqué rumbo al nuevo mundo y allí hice fortuna. Después, cuando tuve que suplantar a Robert, debía recuperar mi verdadera identidad cuando viajaba para hacerme cargo de mis negocios allí. Mi intención era saldar todas las deudas que pesaban sobre la propiedad, el problema estaba en que yo debía seguir jugando y perdiendo de vez en cuando durante mis visitas a Londres para mantener la comedia. Eso hizo que todo se alargara más de lo deseado.

—Pero, ¿por qué no me hablaste de tus planes? Te hubiera ayudado...

—Por eso, porque te habrías quedado. No, Elena, no podía permitir que, si las cosas no salían bien, o al final me descubrían, pasaras por la vergüenza de verte involucrada en el asunto.

—No sabes lo que he pasado todo este tiempo sin tener noticias tuyas...

—Ni la mitad que yo al haber tenido que alejarte de mi lado.

—Ha sido horrible no saber nada de ti.

—Y tú no sabes lo que he tenido que luchar para no venir corriendo a buscarte —me susurró al oído.

Seguía flotando en sus brazos alrededor del salón. Sintiendo como si

estuviéramos solos él y yo. El mundo había desaparecido y solo podía escuchar sus palabras que me parecían el mejor regalo que hubieran podido hacerme.

—Cuando las deudas estuvieron saldadas, esperé un poco aún para poner en marcha mi plan —continuó con el relato de lo ocurrido—. La noche elegida dejé el caballo y lo demás en la orilla del río y me escabullí hasta el pueblo a pie. Iba disfrazado con la ropa de Benson para que nadie me reconociera. Allí tomé una silla de postas y me vine a mi casa de Londres. Cuando el abogado se puso en contacto conmigo para notificarme lo sucedido, yo estaba tranquilamente en mi casa desde hacía varios días. Como puedes imaginar, no hubo muchas investigaciones... Con la fama de borracho de Robert a nadie le extrañó que tuviera un accidente. Más bien les extrañaba que no hubiese sucedido antes. Y yo volvía a ser William para siempre. Era libre.

—¿Y tu abuela?

—No ha preguntado nada, ni ha querido explicaciones. Creo que siempre supo que yo no era Robert...

La música cesó, pero ni siquiera nos dimos cuenta. Nos alejamos del salón hasta salir por una de las puertas que daban al jardín. Y por fin allí me besó. En ese instante el pasado quedó atrás. Nada se interponía ya entre nosotros y por fin podíamos tener un futuro juntos.

Desde entonces la reputación de Thortonrock cambió por completo y recuperó el prestigio y la alegría de antaño. De nuevo volvía a haber flores en cada salón y luz en todos los rincones. Nosotros esperamos aún un año para

casarnos para que nadie pudiera sospechar nada. Aunque nos resultó muy duro, era necesario. A ojos de todos nos habíamos conocido aquella noche en el baile. Cuando por fin pudimos estar juntos sin obstáculos, nuestra felicidad fue completa. Un día le dije:

—Deberías acompañarme al país del sol.

—Ya estoy en el país del sol —me respondió él.

1997

FIN

Siempre nos quedará París.

Casablanca de Michael Curtiz

El tiempo de un café

Francia, 1950

Su barco no zarparía hasta dentro de dos días y casi todos los asuntos que venía a solucionar estaban ya resueltos. Todos menos uno, quizás el más importante. Aún así Adele decidió tomarse un respiro, aprovechando que su cita era en una de sus cafeterías favoritas de la ciudad. Llegaría con bastante antelación y de esta manera podría relajarse un poco antes del encuentro. Aún recordaba perfectamente la última vez que estuvo allí. Aquellos años felices en París cuando todo parecía una fiesta. Los cafés, las calles... Sería porque tenía apenas veinte años y porque estaba enamorada. Allí había visto a Pierre por primera vez con su aire de niño travieso y su mirada penetrante. Aquel aspirante a pintor alegre y bohemio... Estaba sentado entre Virginie y Marcel mientras que ella acudió acompañada de su hermano Henri. Era su primera salida en París y pronto los cinco se convirtieron en un grupo unido, feliz y despreocupado. Qué poco imaginaban en esos días lo que el destino les deparaba... Y ahí estaba ella de nuevo muchos años más tarde, sentada en la misma terraza del Café de Flore, donde por fin tuvo tiempo para pensar después del ajetreo de los últimos días.

—Aquí tiene —dijo una voz que la sacó de sus pensamientos.

—Muchas gracias —respondió al camarero que le traía el café que había

pedido.. para ella, el mejor de París si sus recuerdos no la traicionaban.

Lo probó y sí, tal como lo recordaba. Estaba muy caliente y para hacer tiempo mientras se enfriaba sacó del bolso una tarjeta y la observó con detenimiento. En ella se podía leer un nombre: Pierre Morell.

«Pierre, volverte a ver después de tanto tiempo...», pensó.

Sí, había pasado mucho tiempo, casi treinta años. Adele estaba asustada por primera vez en mucho tiempo, ante la perspectiva de encontrarse con él de nuevo. Mil preguntas se agolpaban en su cabeza. Por su mente desfilaron las imágenes del pasado. Aquel verano en la mansión Morell que fue para ella el principio de muchas cosas. Aquel verano de 1923, el verano que marcaría su vida sin remedio.

Los Morell eran los dueños de las industrias del mismo nombre y una de las familias más importantes del país. Henri, su hermano, había conocido a Pierre Morell, el hijo mayor, a través de un amigo común, Marcel.

—Ah, Henri, Henri... ¿Por qué no has querido acompañarme? —murmuró Adele.

Siempre había estado muy unida a su hermano. Precisamente cuando Henri se marchó a la capital a trabajar tras la muerte de su padre, Adele tuvo la esperanza de vivir por fin en París, como siempre había deseado. Y lo consiguió porque, en cuanto Henri tuvo cierta estabilidad económica, la mandó llamar para que viniera a vivir con él. Sólo se tenían el uno al otro. Adele se sintió dichosa de poder hacer realidad su sueño. Adoraba París. Lo que más le

gustaba era sentarse en cualquiera de sus cafés y ver pasar el tiempo. Especialmente el Café de Flore para poder observar a la gente que paseaba sin prisa por Saint Germain des Prés. Le resultaba increíble haber tardado tanto tiempo en regresar. Lo había encontrado cambiado, aunque quizás la que había cambiado era ella misma. Aún así, había pasado unos días muy agradables en París, pero ahora debía concentrarse en el presente y en la cita que tenía por delante.

—¿Por qué, Henri? ¿Por qué? —volvió a repetir.

Estaba enfadada con él. Normalmente la apoyaba en sus decisiones, pero esta vez no. Esta vez le había dicho cosas que no esperaba oír de él.

—No puedo estar de acuerdo con esto... No es más que una venganza —le había espetado sin ningún miramiento.

—No, no lo es. Son negocios... Además si así fuera, ¿no crees que no se lo merecen? —le había respondido Adele.

No lo hacía por ella, él mejor que nadie debía saberlo. A su pesar, Adele volvió a sus recuerdos.

—Aquel verano en la mansión...

La mansión Morell era grandiosa. Adele no había visto nada igual ni en sueños. Los jardines eran inmensos. Parecían no tener fin. Y en ellos se cultivaban toda clase de flores de diferentes fragancias y colores. Adele se

asomó tímidamente al estanque y descubrió dos patitos chapoteando en el agua. Todo era tan hermoso que parecía irreal. Por un sendero ancho se llegaba hasta la puerta principal, flanqueada por enormes columnas. Henri, su hermano, le había presentado a Pierre hacía unos meses y la simpatía había sido mutua desde el primer instante, por lo que también fue invitada a pasar unos días con ellos en la mansión. No hubiera podido ser de otra manera. Pierre y Adele sólo querían estar juntos. Se unió a ellos Marcel.

Podía verlo como si aún estuviera allí: cuando llegaron al porche, Pierre salió a recibirles enseguida con su increíble sonrisa. Tras él venía su hermana Virginie, que pareció alegrarse mucho de ver a Marcel. Adele se sorprendió pues no había notado que ocurriera nada especial entre ellos dos, aunque quizás fuera porque ella sólo tenía ojos para Pierre.

Adele recordaría aquellos días pasados junto a Pierre como los mejores de su vida. Recorriendo París y luego en la mansión. Los paseos a la luz de la luna, los atardeceres en los jardines, las reuniones en el salón principal y las charlas hasta la madrugada. Se había enamorado de Pierre como una adolescente y sinceramente creyó que a él le había pasado igual.

—Ten cuidado. No me gustaría que te hicieran daño —le había dicho su hermano como quién no quiere la cosa, una de esas noches en las que regresaba al salón después de perderse con Pierre por los jardines.

Pero en esos momentos ella sólo podía dejarse arrastrar por sus sentimientos, por ello sólo sonreía y pensaba:

«Ya es tarde para echarse atrás».

Marcel y Virginie también se amaban, eso quedó claro el primer día de estancia en la mansión. Marcel quería llevársela de allí, lejos de su padre, según le había contado Henri.

—Son unos chicos estupendos, el único defecto que tienen es su padre... — había dicho su hermano en una ocasión, medio en broma medio en serio.

El señor Morell tenía fama de inflexible y Marcel estaba seguro de que no permitiría que se casara con su hija. Marcel trabajaba para industrias Morell y aquel hombre deseaba a alguien con mejor posición social y no un simple empleado. No obstante, aquellos también fueron días felices para ellos... Hasta que el señor Morell regresó de forma imprevista a mediados de agosto y el sueño se rompió. Adele pudo comprobar en primera persona el extraño poder que ejercía sobre sus hijos. Solo oír pronunciar su nombre, Virginie cambió de color y Pierre le pareció transformado en otro, ni rastro de su alegría y despreocupación.

—Por favor, Marcel, debes irte... —pidió Pierre en cuanto fue anunciada la llegada de su padre.

Marcel se marchó de mala gana. Salió por el ala de servicio para evitar un nuevo enfrentamiento con el padre de Virginie. Pierre quería evitar que Virginie pudiera presenciarlo. Nunca había sido una chica fuerte y no querían que pasase por un disgusto semejante. Marcel y el señor Morell ya había tenido algún encontronazo por su relación con Virginie, según le explicó Henri más tarde. Así que el joven se marchó, pero prometió volver.

—Siempre estaremos juntos, siempre —le había dicho a Virginie antes de salir de la mansión.

Adele no pudo evitar llevarse la mano a los labios. Le dolían aquellos recuerdos como si los estuviese viviendo, como si no hubiera pasado el tiempo.

Recordó como el señor Morell entró en la sala principal y encontró a Pierre charlando con Henri y con ella. Les saludó con un cortés y frío movimiento de cabeza y llamó a Pierre a su despacho.

—Será mejor que nos marchemos —le susurró Henri cuando Pierra salió.

Adele sintió un extraño escalofrío. Pierre le había asegurado que nada les separaría, pero eso parecía que había ocurrido en otro mundo, en un mundo que les pertenecía sólo a ellos. Ahora estaban en el mundo del señor Morell.

Podía ver perfectamente a Pierre saliendo del despacho de su padre con expresión muy seria. Henri y ella habían estado esperando fuera, en el pasillo, para decirle que se marchaban, pero en ese momento apareció el señor Morell y les invitó a cenar con ellos. Los hermanos se miraron llenos de estupor y no acertaron a negarse. Pudieron sentir de primera mano el poder que aquel hombre ejercía sobre las personas.

¡Qué incómoda se sintió durante toda la cena! Le parecía que el señor Morell no dejaba de observarla y analizarla. Pierre trataba de iniciar una conversación para relajar el ambiente, pero no conseguía relajar la tensión. Virginie no había bajado al cenar, había preferido tomar algo en su habitación.

Su hermano había subido a verla y la disculpó diciendo que estaba muy cansada. Por la mirada que le dirigió su padre, Adele supuso que eso traería conflictos.

Adele tomó un sorbo de café con la esperanza de apartar aquellos recuerdos de ella, pero resultó inútil. Revivió aquella noche una vez más.

Después de la cena pasaron al salón y pronto el señor Morell se las ingenió para quedarse a solas con ella. Le pidió a Pierre que le enseñara a Henri unos libros antiguos de su biblioteca, pues según les dijo, quería que le imprimiera unas copias. A ninguno de los dos les hizo gracia dejar a la chica sola con él, pero no encontraron ningún pretexto para negarse a cumplir el encargo. Adele tampoco estaba muy feliz con la perspectiva de estar frente a frente con el señor Morell. Le daba la impresión de que aquella era la única razón de que les invitara a cenar, estar a solas con ella.

—Mi hijo me ha hablado de usted. Al parecer mantienen una cierta «amistad»
— aún resonaban en su cabeza aquellas palabras. La forma en que acentuó la palabra «amistad» le seguía pareciendo odiosa.

—Sí... Así es.

—Oh, me lo temía. Pierre es muy... «amigable». Espero que no sobrevalore esa «amistad» volvió a hacerlo.

Adele sintió de repente que no podía respirar. Deseó cerrar los ojos y aparecer lejos de allí.

—Yo no sobrevaloro nada, señor Morell, pero no tengo motivos para desconfiar de la palabra de Pierre —había respondido ella reuniendo todo su valor.

El señor Morell sonrió desdeñosamente y dijo:

—¡Ah! veo que es usted una jovencita inocente y crédula. No me lo había parecido. Quizás le ha dicho que estarán siempre juntos... No se engañe. Si le pide que se vayan esta noche o que se vean esta semana... No le crea, su prometida regresa de viaje pasado mañana... Esa es la razón por la que he adelantado mi llegada. Me imaginaba algo así y decidí venir primero, digamos que para preparar el terreno. Pierre es así, no es la primera vez que debo sacarle de un lío semejante.

Adele se quedó clavada en la silla incapaz de articular palabra. Había sido una estúpida ingenua y había llegado demasiado lejos. En ese momento entraron Pierre y Henri.

—¿Qué te ocurre? Estás muy pálida —preguntó Henri preocupado al verla.

—No me encuentro muy bien. Vámonos a casa —pidió ella.

Pierre miró a su padre con desaprobación, pero éste estaba saliendo ya por la puerta del salón con el deber cumplido.

—Iré a verte pronto —dijo Pierre.

—No sé si es buena idea... —respondió ella.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? Claro que iré y hablaremos... Ahora no es el momento, pero hablaremos —prometió él.

Tres días más tarde volvieron a reunirse en la misma cafetería en la que Adele se encontraba en ese momento. Podía verse sentada frente a la ventana, mirando a la calle y retorciéndose las manos. Había tomado una decisión y sólo esperaba que Pierre lo comprendiera y la apoyara. Pensaba que su respuesta le probaría muchas cosas.

—Me marcho a América.. —fue lo primero que le dijo cuando lo tuvo enfrente.

Pierre la miró asombrado y sin saber si hablaba en serio.

—¿Que te vas...? Debes estar de broma.

—No, no. Heri tiene una buena oportunidad de negocio allí y yo he decidido que voy a acompañarle.

—Pero, ¿cómo es posible...? ¿Es que no significa nada lo que hay entre tú y yo? —preguntó con cierta furia en la voz.

Adele volvió a mirar hacia la calle. Tenía miedo de la respuesta de Pierre a lo que le iba a proponer.

—Acompáñanos... Siempre dices que tu padre no te permite llevar la vida que quieres. Esta es tu oportunidad.

—No es tan sencillo. No puedo irme sin más... Está mi trabajo, está Virginie... Tengo responsabilidades... Ya sé que mi padre puede ser muy duro a veces, pero todo es cuestión de tener un poco de paciencia... De esperar un poco.

—¿Esperar? ¡No puedo esperar! ¿Es que no lo comprendes?

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué te impide realmente venir con nosotros?

—Yo... Tengo compromisos que no puedo dejar de lado así como así.

Adele sintió que desfallecía.

—Así que es cierto... Tienes un compromiso.

—Claro, es lo normal en alguien de mi posición. No es algo que haya elegido yo... Pero, no llores —añadió él al ver como las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos—. ¿Cuándo os vais?

—La semana que viene. El barco zarpa el jueves a primera hora.

—Intentaré estar allí... No sé cómo lo haré, pero lo intentaré —aseguró Pierre finalmente.

—¿Lo dices en serio? —dijo ella sonriendo de nuevo entre las lágrimas.

—Totalmente, pero si algo me lo impidiera, por favor, piénsalo bien... No te precipites. Yo... Lo intentaré. Sí, allí nos veremos.

Aquellas fueron las últimas palabras que Adele escuchó de labios de Pierre. El día acordado Henri y ella tomaron el barco, solos. La joven había recibido aquella misma mañana una nota de parte del señor Morell en la que decía:

«Ya le advertí que no se marcharía»

Así que la joven no pensó nada más y subió al barco. Allí Adele le reprochó a su hermano que no le hubiera hablado sobre la prometida de Pierre, y Henri le aseguró que no sabía nada del asunto. Así, los dos hermanos empezaron una nueva vida en América, y Pierre y Adele no habían vuelto a verse ni a tener noticia el uno del otro. Hasta entonces.



Unos pasos acercándose a su mesa, trajeron a Adele al presente. Al mirar en esa dirección, el corazón le dio un vuelco. Era Pierre. ¿Era tan tonta como para amarle aún? ¿Era todo una venganza como decía su hermano? No, ella le había perdonado hacía mucho tiempo. No tenía sentido guardar rencor durante veinticinco años y le había amado demasiado. Además si ella no había sabido toda la verdad, él tampoco.

—Hola. Me alegro de verte —le dijo él al llegar a su altura.

A Adele le pareció percibir cierta emoción en su voz, pero no estaba segura

si había sido producto de su imaginación. Pierre le tendió la mano y la mantuvo sujeta un poco más de lo que dicta la cortesía. También le sostuvo la mirada hasta el punto que Adele tuvo que desviar la vista.

—Y yo... — susurró ella.

Se irritó con ella misma por esa reacción. Le parecía que había perdido de un plumazo todo el aplomo que la había caracterizado durante aquellos años en los que había aprendido a luchar por sus medios.

—Veo que me llevas un café de ventaja – añadió él con una sonrisa.

Adele miró la taza vacía y se dio cuenta de que mientras se tomaba ese café le había dado tiempo a recordar lo ocurrido en aquel tiempo en que Pierre y ella estuvieron juntos. Aquel tiempo en que todo parecía una fiesta a su alrededor y fueron felices, hasta que se acabó.

—No has cambiado nada... —añadió Pierre sentándose frente a ella.

—No digas tonterías —respondió Adele sonriendo.

—No es una tontería. Sigues siendo preciosa.

El camarero se acercó a ellos y Pierre pidió un café:

—¿Quieres otro? —preguntó.

—No, gracias – respondió ella.

Adele le miró con más detenimiento. Seguía siendo un hombre atractivo y seductor. El pelo era ya entrecano, pero conservaba la mirada penetrante y no había perdido ese aire de niño travieso que tanto le gustaba. No parecía enfadado ni molesto. Le sorprendió, al fin y al cabo iba a arrebatarle la empresa de la familia.

—Bien... ¿Has traído los contratos? —comenzó a decir Adele.

Estaba nerviosa y prefería hablar de negocios antes de que la conversación tomara otros derroteros.

—Sí, aquí están. Listos para firmar —contestó Pierre sacando unos documentos del maletín y dejándolos sobre la mesa para que Adele los ojeara.

La mujer les echó un vistazo rápido.

—Mi abogado me ha dicho que todo estaba en orden... Sí me ha sorprendido que vinieras tú personalmente y no tu abogado... Y que insistieras en que nos encontráramos aquí y no en el despacho como condición para vender...

Pierra la miró fijamente con su mirada pícaro y dijo:

—¿No te parece éste un buen sitio? Aquí nos besamos por primera vez... ¿No te acuerdas? Fue justo en aquella mesa —añadió señalando hacia el lugar.

—Querías un paseo nostálgico...

—¿Sabes? Me he imaginado cómo sería nuestro encuentro un millón de veces... Y pensé que éste era el lugar adecuado, ya que aquí nos conocimos y que aquí nos vimos por última vez.

Adele se sintió turbada. Dejó los papeles a un lado, al tiempo que el camarero traía el café de Pierre.

—Yo... No lo acabo de entender.

—¿No?

—No. ¿Por qué ese interés en verme aquí después de...? —Adele calló un instante sopesando si debía concluir la frase.

Quedaría en evidencia y se había prometido ser fría y distante. Aún así, continuó:

—... abandonarme de aquella manera?

Pierre la miró con expresión de sorpresa, como no dndado crédito a lo que oía.

—¿Que yo te abandoné...? ¿Cómo puedes decir eso? Fuiste tú quién se marchó. Te pedí que lo reconsideraras, pero te fuiste sin dar explicaciones y sin importar lo que lo dejabas atrás – respondió él con un cierto tono de furia en la voz.

Adele se sintió confusa, pero no quería remover el pasado. Había pasado demasiado tiempo y estaba ahí por negocios, una vez acabados los trámites, no

tendrían que volver a verse y no tenía ganas de discutir. Pensó que quizás había sido un error aceptar las condiciones de Pierre para vender la empresa.

—Dejemos el tema. Ha pasado mucho tiempo y nada de eso tiene importancia ya —concluyó ella.

Pierre hizo un gesto de impotencia.

—Está bien... Si eso es lo que piensas... ¿Cómo está Henri?

—Bien, se ha quedado en casa porque se está recuperando de una caída de un caballo —mintió solo a medias—. Está rodeado de mujeres... Se casó y tuvo tres hijas...

—Vaya, el bueno de Henri ha creado su propio equipo femenino... —rió Pierre—. ¿Y tú? ¿Qué fue de tu vida?

Adele se revolvió nerviosa en su asiento.

—Bueno, me he dedicado sobre todo a los negocios, igual que Henri. Compró una pequeña imprenta con sus ahorros cuando llegamos a América. Los primeros años fueron duros. Además mucha gente se arruinó en el 29, pero nosotros tuvimos suerte y no sólo nos mantuvimos a flote, sino que ampliamos el negocio. Los años de la guerra también fueron horribles para todos, pero seguimos firmes y diversificamos los negocios... Eso ya lo sabes, para eso estamos aquí para concretar la venta de industrias Morell... ¡Qué ironía! Si tu padre me viera ahora —añadió, pero se arrepintió enseguida de haberlo dicho—. Lo siento, yo...

Pierre bajó los ojos antes de responder.

—Mi padre no pudo superar ver sus empresas en crisis: Era lo único que le importaba en realidad. Su corazón no lo resistió... Si la guerra fue dura en América, imagínate aquí...

—No pareces muy disgustado por perder la empresa.

—La verdad es que no me preocupa en absoluto. Hacía tiempo que pensaba deshacerme de ella.

—¿Qué harás después de vender?

—Hace tiempo que me dedico a lo que me gusta y no me va mal. Precisamente esta semana expongo de nuevo mi nueva obra en la mejor galería de París.

Adele lamentó que no hubiera tenido ese coraje de luchar por lo que deseaba antes, cuando estaban juntos. Si es que realmente la había querido alguna vez.

—Me alegro mucho... ¿Y... tu esposa? —preguntó con cautela.

—¿Quién sabe? Hace mucho que nos divorciamos...

«Así que era verdad... Tenía una prometida y se casaron», pensó Adele con tristeza.

—Nuestro matrimonio fue un puro trámite... —continuó él—. Como la firma

de un contrato de compra—venta... Una mañana vas al juzgado y ya está. ¿Y tú?

—Yo... Ya sabes... Hasta tengo un hijo...

—¿Ah, sí? —preguntó sintiendo una punzada de tristeza y rabia—. Claro, qué estúpido pensar que... Con el tiempo que ha pasado... Durante años me pregunté por qué te fuiste así.

La mujer sintió que un inesperado calor la ahogaba de repente.

—Pues no lo entiendo, tú tenías a tu prometida... —dijo sin poder contener más su enfado.

—Yo no tenía a nadie, Adele. Sólo a ti. No pensaba decirte nada, pero creo que ya da igual. Mi padre me contó antes de morir lo de vuestra conversación y que te envió una nota el día en que zarpaba vuestro barco. Entonces lo comprendí. Y también comprendí que no tenías confianza en mí y, sí, entonces me enfadé, pero aún así no dejé de buscarte, sin éxito. Yo no tenía ninguna prometida. Todo fue un engaño de mi padre para separarnos.

—Pero no entiendo... Su has dicho que...

—Si me casé al cabo de unos años fue para intentar salvar industrias Morell. Ya que a ti se te había tragado la tierra, yo debía intentar seguir con mi vida y tratar de salvar lo que pudiera del patrimonio familiar —continuó él adivinando la pregunta que Adele quería hacerle—. Y eso hice. Intentar reflotar la empresa con el dinero de ella, pero resultó un desastre. En todos los

sentidos. Ellos también estaban arruinados... Debiste tener más fe en mí.

Adele bajó la mirada avergonzada.

—Lo siento, yo... Al recibir la nota y no aparecer tú, pensé...

—¿No pensaste que pudiera tener una buena razón para no ir...?

En ese momento se acercó a su mesa una joven que saludó a Pierre con un beso en la mejilla.

—Hola, pequeña —dijo él respondiendo al beso.

—¿Tú hija? —preguntó Adele.

Pierre sonrió mirando a la joven.

—No, yo no tuve hijos. Esta es Virginie, la hija de mi hermana y de Marcel. Esta es Adele, una vieja amiga mía y de tus padres —le indicó Pierre a la joven.

—¿Cómo está? —saludó.

—Muy bien, gracias —respondió Adele con una sonrisa mientras la observaba.

Vio en su rostro la delicada belleza de Virginie y en sus ojos la expresión decidida de Marcel.

—¿Te sientas con nosotros? —preguntó Pierre.

—Pensaba ir a hacer algunas compras. Sólo he pasado para pedir un poco de ayuda monetaria. En tu estudio me dijeron que estarías aquí. Pero puedo ir más tarde, voy a despedir el taxi —dijo la joven con entusiasmo antes de alejarse calle abajo.

—Discúlpame. Con todo este lío no te he preguntado por Virginie... Veo que consiguió casarse con Marcel.

Una sombra nubló la mirada de Pierre al oír nombrar a su hermana y a Marcel.

—Una triste historia... Si aquella noche no fui a tu encuentro fue por ella. Ese mismo día me había confesado que Marcel y ella se habían casado en secreto y que iba a venir a llevársela. Sabes lo frágil que era... No me atreví a dejarla sola y tampoco pude contactar contigo. También yo te envié una nota con un empleado de confianza, pero cuando llegó el barco había zarpado.

—Yo... —acertó a balbucear Adele sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Aquella noche se escaparon. Imagínate la reacción de mi padre al saberlo. Aún así tardamos más de un año en localizarles, pues se habían ido a vivir al campo. Mi padre entonces acusó a Marcel de haber falsificado los libros de cuentas y de haberse quedado con mucho dinero. La policía no tardó en detenerle. Él murió en la cárcel y ella, que estaba embarazada en esos momentos, al poco de nacer la niña. Tantas emociones acabaron por quebrar

del todo su salud. Yo he cuidado de Virginie desde entonces como si fuera mi propia hija.

La mujer se entristeció de veras al conocer el triste destino de aquella pareja de seres maravillosos.

—Desde entonces descansan juntos, como quiso mi hermana. Mi padre puso el grito en el cielo e insistió en que la enterraran en el panteón familiar. Tuve un fuerte encontronazo con él, pero cumplí la voluntad de Virginie. Los separaría en la vida, pero no los separaría en la muerte. Después de eso me marché, si no lo había hecho antes había sido por ella.

—Entonces también puedo decirte que nunca te olvidé —dijo Adele por fin desahogando su corazón.

Pierre la miró con sorpresa.

—Sí, pero estaba tan asustada... Era tan joven e ingenua... Además no podía esperar, porque...

—¿Por qué? Nunca entendí eso

—Debes saber que nunca me casé...

—¿No? —preguntó él casi con alivio —. Entonces el pasado no importa. Si tú eres libre... y además no me has olvidado y yo tampoco a ti, nada de aquello tiene que afectarnos ya. La vida no siempre concede una segunda oportunidad. Piénsalo, Adele.

Ella le miró y volvieron a su corazón todas las emociones de aquel verano.

—Pero es que hay una cosa que... —comenzó a decir.

—Hola, mamá. Enseguida estoy con vosotros —saludó una voz desde la esquina.

—Hola, Pierre. Aquí te esperamos —respondió ella alzando también un poco la voz.

El hombre los miró con estupor. Primero a él y luego a ella.

—Sí, se llama Pierre. Hay una cosa más que deberías saber y comprenderás por qué no podía esperar. Es tu hijo.

La sorpresa y la alegría le embargaron a partes iguales. No daba crédito a lo que oía.

—No pensaba decírtelo —continuó ella—. Ahora que sé la verdad no puedo callarme. Para él compro industrias Morell.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Cómo pudiste marcharte sin decirme nada? —preguntó él con un reproche.

—Lo siento, yo... No sé como hacer para que me perdones... Debí confiar en tí. Fuimos víctimas de un engaño, pero no permitamos que eso nos prive de lo que nos queda por delante.

Pierre la escuchó con seriedad. De pronto su corazón se apaciguó y sintió que renacían todos los sentimientos de su juventud. Le tomó la mano a través de la mesa y la apretó.

—Tienes razón. El futuro es nuestro y lo viviremos juntos – dijo al fin. —¿Es la primera vez que viene a Europa? —preguntó.

—No, estuvo aquí durante la guerra. Se alistó con otros compañeros de universidad. Ahora lamento no haberle dicho que su padre estaba tan cerca...

En ese momento el joven se acercó y saludó a su madre con un beso y a Pierre con un apretón de manos. El hombre no podía dejar de mirar a su hijo, que realmente se parecía a él. Apenas se había sentado a la mesa, cuando también llegó Virginie.

—¿Me he perdido algo? —preguntó la muchacha.

—Yo no puedo quedarme mucho rato. He quedado con viejos amigos que no veo desde que acabó la guerra —añadió el joven Pierre.

Adele y Pierre se miraron con una sonrisa, debían contarles la historia de un verano en París. Adele habló primero:

—Debemos decirles algo, pero no te preocupes no se alargará mucho. Sólo será el tiempo de un café.

FIN

I'm mighty patient when I have to be
you have given me that
still i look forward to the day you let me in

When your heart is weak. Cock Robin

Un pequeño imprevisto

España, 1987

Me desperté temprano. Mi vestido, blanco inmaculado, estaba impecablemente colocado en una percha en el vestidor. Era casi la víspera de mi boda. No estaba demasiado nerviosa si tenemos en cuenta mi carácter y las circunstancias. El sol entraba por las rendijas de la persiana dándome directamente en la cara, pero aún así permanecí un rato más en la cama, repasando lo que había sido mi vida los últimos dos años. Ese era el tiempo que hacía que conocía a Mario. Un chico estupendo a decir de todos. Y yo supuse que tenían razón, así que empezamos a salir cuando me lo pidió. Todo muy normal, muy «fluido». Pasado un tiempo prudencial me pidió que nos casáramos y yo acepté. ¿Por qué? Es algo que todavía me pregunto. Quizás fuera por simple aburrimiento. Estaba harta de estar sola. Y no diré que no le tenía cariño, repito que era un chico estupendo. A esas alturas yo también lo había comprobado. Pero tenía la sensación de que me faltaba algo, aunque ¿quién soy yo para decirlo si mi relación más larga no había durado más allá de cinco meses? Seguramente me dejaba llevar por la imaginación esperando pasiones arrolladoras y amores inesperados. La vida debía ser así, como se presentaba ante mis ojos. No sé si fue por esa falta de interés o por qué, pero lo que sí hice fue volcarme en los preparativos. Al menos quería que todo

fuera perfecto y que no fallara nada en los preparativos. Lo tenía todo medido y estudiado. Ningún contratiempo podría estropearlo.

Aún no había terminado de ducharme cuando sonó el teléfono. Era Lina, una de mis mejores amigas. Todo el grupo de chicas se había puesto de acuerdo para organizarme una despedida de soltera.

—¿Y para eso me sacas de la ducha? ¡Te hablo envuelta en una toalla! —dije nada más descolgar—. Sabes que no me apetece mucho. Además la boda es pasado mañana y voy a estar muy cansada.

—No digas tonterías. Hay que animarte... Tienes que tener tu despedida de soltera. Y como tú misma has dicho, la ceremonia no será hasta pasado mañana a las cinco de la tarde, tiempo de sobra para descansar... Además no tenemos que volver tarde. Y será la última reunión que tengas con tus amigas estando soltera... ¡No hay más que hablar!

Y verdaderamente no pude decir una palabra más. Cuando a Lina se le mete algo en la cabeza es mejor no llevarle la contraria. Así que me pasé el día ultimando esos detalles de última hora que siempre acaban surgiendo aunque creas que lo tienes todo controlado. Ya empezaban a decirme que me estaba obsesionando con los preparativos, pero yo me quedé tranquila por tenerlo todo bien organizado y repasado. No podía ser que ningún imprevisto pudiera estropear la boda porque había tenido en cuenta todos los posibles problemas que pudieran surgir.

A las nueve en punto nos reunimos todas en un restaurante de moda. Éramos ocho chicas solas y con ganas de diversión. Durante la cena no pararon las

típicas bromas que se hacen en estos casos, aunque yo sólo podía pensar en la cantidad de maquillaje que iba a necesitar para camuflar mis ojeras al día siguiente. De acuerdo, no puedo negar que me divertí. ¡Cómo iba a echar de menos los planes improvisados de última hora! Las cosas sin duda cambiarían para mí a partir de ese fin de semana.

Después de la cena, ya estábamos bastante animadas y pasamos a la discoteca que estaba justo en el local de al lado. Debo reconocer que allí arrasamos. Tanta chica sola se hacía notar y, aunque no esté bien que yo lo diga, estábamos todas bastante «acceptables», la verdad. Lina dirigía las operaciones, como solía hacer, y nos abrió paso hasta una mesa cerca de la pista de baile. Por su parte, Mara había tomado una copa de más. En su caso la número dos, ya que con eso bastaba para dejarla prácticamente fuera de combate por lo que se acurrucó en una silla y creo que se durmió a pesar de la música. Verónica, Vero para nosotras, también estaba más «contenta» de lo habitual y se empeñaba en saludar efusivamente a todo el mundo. A todo el mundo masculino, claro.

—¡Hola! ¿No te conozco? ¡A ti sí te conozco! —repertía sin parar mientras se lanzaba los brazos al cuello al que se cruzase en su camino.

Es lo que tiene tener un grupo de amigas que no acostumbran a beber. Un par de copas de vino y es suficiente para que tengan la fiesta montada. En fin, Vero era la chica más tímida del grupo y se escondía tras enormes vestidos largos y gafas. Creo que no fue consciente de que algún vino dulce tan suave no era precisamente resfresco de lima. El caso es que la transformación que había sufrido por efecto del alcohol hubiera sido un buen tema a tratar con psicoanalista. Si hubiera tenido uno.

Ahí estaba yo intentado que soltara a los pobres chicos que tenían el atrevimiento de pasar cerca de ella, y dando gracias de que no fuera Lina, que solía ponerse bastante agresiva en estos casos. Lo cierto es que no estaba teniendo mucho éxito porque Vero tenía más fuerza de la que aparentaba. ¿O sería aquel vino dulce? Afortunadamente, Elena vino en mi ayuda y entre las dos pudimos conseguir que se sentara en un rincón de nuestra mesa, junto a Mara, a ver si se le pasaba. Concociéndola, al día siguiente estaría totalmente avergonzada.

Las demás estaban bailando por la pista y ni siquiera se habían enterado del «problema» de la pobre Vero. Poco a poco se fueron acercando de nuevo a la mesa.

—En una noche como ésta me fastidia estar casada —se quejaba Rita.

—O tener novio —añadía Elisa.

Creo que añoraban el tiempo en que podían salir de fiesta sin dar explicaciones y sin tener que organizar a intendencia.

—¿Y qué más da? No se trata de hacer nada raro, sólo de divertirse — sostenía Elvira —. Esta noche me he librado de marido e hijos y pienso disfrutarla. ¿Y la novia qué hace ahí? ¡ A bailar!

Y vino directa hacia mi y me sacó a la pista de un tirón. Tuve que bailar. Después de desahogarnos en la pista saltando y riendo, me senté un rato a ver si me dejaban descansar un poco, pero no.

—Y ahora a la novia hay que buscarle compañía. Desde pasado mañana tendrá que portarse bien, así que tiene que aprovechar la noche —se le ocurrió decir a Rita.

Por los altavoces sonaban *Living on a prayer* a toda castaña. Vero, que parecía dormida hasta oír la canción y el grito de guerra de Rita, se puso en pie y empezó de nuevo. Tuve que perseguirla por toda la discoteca y, cuando me quise dar cuenta, estaba colgada del cuello de un hombre que acababa de entrar. Él la miraba con cara de circunstancias y trataba de quitársela de encima con suavidad. Me fui hacia ellos a rescatar al pobre tipo.

—Discúlpela. No está acostumbrada a beber. Esto es una despedida de soltera... —y le solté el mismo discurso que a todos los demás, pero éste era diferente.

Cuando le miré bien algo se encendió en mi interior. Sonaba *When your heart is weak*, una de mis canciones favoritas desde hacía un par de años. Y fue extraño, como darme cuenta de que había encontrado algo que hubiera estado buscando toda mi vida. Él sonrió ante mi disculpa y de repente, ya no vimos más a Vero.

—¿Puedo invitarte a tomar algo? Por la novia... —dijo sin perder esa sonrisa tan especial y yo le seguí hasta la barra sin poder evitarlo.

El sonido de la música era ahora ensordecedor y las luces proyectaban colores en su cara. Nunca le había visto antes, ¿por qué entonces me resultaba tan familiar? Era más atractivo que guapo con una sonrisa que iluminaba su

rostro y que me parecía algo conocido. Él también me miraba de una manera especial. Me daba la impresión de que le había pasado lo mismo que a mí y que tenía la misma sensación que yo. Bailamos no se cuantas canciones...

-*The final countdown*... Será mejor que agarre a Vero y me la lleve a casa - nos dijo Elisa cuando pasó a nuestro lado con cara de circunstancias.

Él y yo nos miramos y sonreimos. Sonaba *I'll fly for you* cuando me invitó a salir de la discoteca para dar un paseo y charlar. No pude negarme. Le seguí hasta la calle y caminamos lentamente por la avenida. Me habló de su trabajo, por el que sentía verdadera pasión, al menos tanta como yo por el arte. Era biólogo y la investigación era su vida.

—...hasta ahora —susurró de un modo que me hizo estremecer.

Sonreí sin saber qué decir porque aquello me parecía irreal y estaba convencida de que en cualquier momento me iba a despertar de aquel ensueño.

—¿Sabes que me da la impresión de que te conozco desde siempre? — continuó.

—Es curioso. A mí me pasa lo mismo —le respondí.

Y sin darme apenas cuenta le conté casi todo sobre mí. Recorrimos así la ciudad, que vista a su lado me parecía diferente, más grande, más bonita. Finalmente llegamos a una plaza y nos sentamos en el borde de la fuente, donde continuamos hablando sobre nosotros. De esta forma, casi sin sentir, llegó el amanecer. Y yo volví a la realidad. Era la víspera de mi boda.

—Tengo que decirte algo más sobre mí —dije mirándole fijamente.

—Nada de lo que digas cambiará lo que siento...

—Espera. Te dije que estaba en una despedida de soltera.

—Sí, ¿y qué?.

—Yo soy la novia.

Su expresión fue la de alguien que hubiera recibido un golpe inesperado.

—Entonces...

—Me caso mañana mismo —añadí con desesperación.

«¿Por qué tiene que pasarme esto precisamente ahora? Podía haber ocurrido hace un año», pensé.

Quedó pensativo durante unos instantes. Parecía reflexionar sobre la situación.

—Es un error y lo sabes —dijo al fin—. No hace falta que te diga lo que hemos sentido al encontrarnos. ¿Crees que un milagro así ocurre todos los días?

—Ya lo sé, pero mi familia, él... Mi novio es un buen chico.

—Nunca podrás quererle de verdad. ¿Crees que no le harás daño? Piénsalo bien.

—Lo siento. Es mi deber... Tengo que hacerlo. ¿Cómo voy a echarme atrás ahora? —le dije con lágrimas en los ojos.

—Volverás. Te esperaré todo el fin de semana. Aquí mismo.



El reloj se empeñaba en recordarme que estaba una hora más cerca de cumplir con mi destino. Me había acostado casi a las ocho de la mañana esperando poder dormir al menos un par de horas, pero la realidad era que no había parado de dar vueltas y más vueltas en la cama sin pegar ojo. Por momentos lo ocurrido la noche anterior me parecía un sueño, pero en seguida su rostro aparecía ante mí, tan real como si lo tuviera delante. No podía evitar pensar que iba a cometer el mayor error de mi vida, pero ¿cómo salir de él? ¡Mario era un buen chico!

Ya me había levantado, vestido, colocado un kilo de antiojeras y tomado café —mucho café— cuando sonó el teléfono.

—¿Dónde te metiste ayer? —preguntó una voz desde el otro lado de la línea. Era Elisa —.Te dije que aprovecharas tus últimas horas de soltería, pero no tanto.

—Es una larga historia.

—¡Uy...! Aquí hay algo raro. ¿Te fuiste con aquel hombre? —preguntó con interés.

—Sí... ¡Oh! Creo que todo esto es una locura —acabé diciendo al fin.

—Ya me imaginaba yo que pasaba algo. Ni se te ocurra moverte que voy para allá.

Mi madre también me notó algo extraño. No era normal que una novia no estuviese feliz, ni siquiera un poquito emocionada. Más bien parecía que me iban a llevar al cadalso.

—Vamos, vamos. Tienes que decir lo que sea. Todavía hay remedio, luego será demasiado tarde.

Pero yo solo repetía:

—¡Pobre Mario!

Y también:

—¡Con lo bien organizado que lo tenía todo!

En esto llegó Elisa. Y se había traído a Lina, supongo que para hacer más fuerza. Y las tres se unieron para sacarme toda la información. Finalmente no pude más y les conté todo.

—Esto es una locura. ¡Con el tiempo que he dedicado a organizar hasta el más mínimo detalle!. En este imprevisto no se me ocurrió pensar... Pero en el corazón no se manda... —dije al fin.

—Lo mejor es que hables con Mario cuanto antes —inquirió Lina tan resolutiva como siempre.

—Sé que es difícil, pero mejor antes que después —estuvo de acuerdo mi madre.

—Cuando el destino te ha puesto algo así en el camino por algo será —terció Elisa.

Y casi sin darme cuenta estaba llamando a Mario para que viniera cuanto antes a verme. Por el tono de su voz me di cuenta de que intuía que algo pasaba. No tardó en llegar y mi madre y las chicas se quitaron de enmedio para dejarnos solos. Se sentó frente a mí mirándome fijamente. Me armé de valor para explicarle todo. Siempre había sido un hombre muy tranquilo, pero nunca nos habíamos visto en una circunstancia semejante y no sabía cómo iba a reaccionar. Empecé a hablar despacio, eligiendo las palabras con mucho cuidado para tratar de herir sus sentimientos lo menos posible. Cuando acabé de hablar, permaneció callado un rato y yo me puse aún más nerviosa.

—Gracias —dijo finalmente.

—Gracias... ¿por qué? —pregunté yo confusa.

—Por ser sincera conmigo por primera vez.

—No entiendo...

—¿Crees que no me daba cuenta de que no te entusiasmaba la idea de casarnos? Tengo ojos en la cara.

—¿Y aún así pensabas seguir adelante?

—Mira, yo te quiero. A mi manera, tranquila y si quieres, aburrida, pero te quiero. Siempre he sabido que eras mucho más apasionada que yo en todos los aspectos de la vida. Casi estaba esperando a ver hasta dónde eras capaz de llegar con nuestra relación. Y sí, a pesar de todo estaba dispuesto a intentarlo. Aunque bien mirado probablemente íbamos a cometer un gran error.

—No sé qué decir.

—Creo que debimos sincerarnos el uno con el otro mucho antes —concluyó.

—Desde luego.

Nos abrazamos con cariño, aliviados de habernos salvado de la que probablemente iba a ser la peor decisión de nuestra vida. así, a la hora en la que debía estar casándome, yo corría hacia la plaza donde le había dejado la noche anterior. Allí estaba, sentado al borde de la fuente con la mirada perdida en el tráfico. Las notas de *Still loving you* nos llegaban desde un coche cercano. Y Me situé a su espalda sin que me viera.

—Tenías razón. Tenía que volver y aquí estoy —le dije.

Se giró y me miró con esa sonrisa suya tan característica.

—Te lo dije.

1991

FIN

La belleza está en los ojos que miran
Francis Bacon

Solo un hombre

España, 2015

María pensaba a menudo que sería algo digno de estudio la paradoja de ser una perfeccionista sin remedio, casi obsesa del control, y al mismo tiempo resultarle imposible llegar puntual a ningún lado. Su mundo debía estar controlado al milímetro para sentirse segura y a ello dedicaba su esfuerzo y energía, pero por otra parte era incapaz de llegar a tiempo a las citas. El problema de María con la puntualidad era ya casi cómico. No encontraba un razón convincente y no importaba que comenzase a arreglarse con dos horas de antelación, siempre le surgía algo a última hora. Idealista y soñadora, se consideraba un espécimen peculiar entre los jóvenes de su edad. Eso no le molestaba, pero prefería no ser muy abierta con los demás para que no le hicieran daño. Su tendencia a idealizar los sentimientos, le daba muchos problemas. Ningún hombre estaba a la altura de sus sueños. Ninguno se parecía al ideal que tenía en su mente, pero se había acostumbrado a ello.

Trabajaba en una pequeña, pero prestigiosa revista de temas turísticos y de tiempo libre, donde afortunadamente para ella primaba más el trabajo bien hecho que la puntualidad en la llegada a la redacción. Era un empleo que le divertía y como solía decirle su amiga Irene:

—En el que no tienes que preocuparte demasiado y puedes esconderte bien.

Aquella mañana llegó a la oficina tarde como casi siempre, pero ese día le parecía que algo ocurría. Se notaba en el ambiente.

—Hola —saludó al entrar en su despacho.

Sus compañeros respondieron al saludo casi a coro. Jorge y Pedro tenían su despacho frente al suyo, y también estaban allí las dos secretarias. Al fondo del pasillo estaba la oficina del redactor jefe y más allá estaba la puerta que conducía a la sala de maquetación y máquinas. María compartía despacho con Monica. El ambiente familiar que se respiraba en la redacción le gustaba. Y tenía sus macetitas sobre la mesa —le gustaban mucho las plantas—. ¿Qué más podía pedir?

—¿Como te ha ido el fin de semana? —preguntó Monica al verla entrar.

—Como siempre. Nada espectacular ni digno de mención —sonrió María sentándose y dejando el bolso en el respaldo de la silla.

—¿No te has enterado de la noticia? Menudo revuelo se armó esta mañana. El jefe quiere a «alguien» para hacer una entrevista. Claro como has llegado tarde...

—Ha sido el tráfico —balbuceó—. Pero, ¿de qué noticia hablas? —preguntó para desviar la conversación de tan incómodo tema.

—Grant Brighton, el actor... Viene al país a presentar su última película. El jefe ha conseguido que le conceda una entrevista. No sabemos cómo lo ha hecho... Será la portada y así se lanzará la nueva imagen de la revista... Si sale bien la tirada aumentará y pon fin podremos tener un despacho para cada uno... El sueño de mi vida.

—¡Y de la mía! Al menos no tendré que soportar tu desorden —sonrió María.

—¿Desorden? ¿Has mirado tu mesa? Pero de todas formas, ¡que suerte tienes!

—¿Por qué lo dices?

—El jefe te quiere a ti para ese trabajo. ¿Es que no entiendes las indirectas, «alguien»?

—¿A eso le llamas suerte? En los actores, como su propio nombre indica, todo es fachada... Muy atractivos por fuera, pero por dentro: neuróticos, o bichos raros o vete a saber...

—Pues a cualquiera le gustaría estar en tu lugar. Tu problema es que no sabes controlar tu exceso de imaginación.

—Mejor ve tú. Yo prefiero terminar el artículo sobre el que estoy trabajando.

—Siempre lo digo. Eres tonta, si yo tuviera tu cerebro no lo desaprovecharía como lo haces tú —respondió su amiga—. Pero me temo que esta vez el jefe tiene muy claro que ese alguien seas tú. Ya querría yo que cambiase de opinión.

María quedó pensativa y no quiso hablar más del tema, pero sus deseos de concentrarse en el trabajo se esfumaron cuando el jefe la llamó a su despacho.

— Pasa, María. Siéntate —le dijo el jefe al entrar.

Ella obedeció.

—No se si sabrás que he conseguido una entrevista con Grant Brighton...

—Sí, ya me lo han dicho.

—Bien, y yo no tendré que decirte lo importante que es para nosotros que un nombre como ese aparezca en nuestra portada coincidiendo con el lanzamiento de la nueva imagen de la revista. ¡Y no ha sido fácil conseguirlo! —exclamó con un cierto aire de autosatisfacción.

María se revolvió en su silla.

—Quiero que tú hagas esa entrevista —le dijo su jefe mirándola a los ojos —. Me ha costado casi un año conseguirla y ha sido gracias a un amigo que me hizo el favor especialísimo de ponerme en contacto con el agente de Brighton. Sabes que no suele conceder entrevistas fuera de las ruedas de prensa de rigor. Tienes que traerme algo bueno...

—Pero yo tengo que terminar un artículo... ¿No podría hacerlo otro? Además nunca he hecho una entrevista, al menos a ese nivel —preguntó ella intentando zafarse del encargo.

La realidad era que le asustaba.

—Pero escribes mejor que nadie de los de aquí. Siempre haces la pregunta adecuada en el momento preciso. Tienes olfato. Lo sé te he observado. Puede ser tu oportunidad.

—Me siento cómoda con lo que hago. Yo preferiría...

—María no te estoy pidiendo que hagas esa entrevista, te lo estoy ordenando —dijo el jefe finalmente zanjando la cuestión.

María se levantó con expresión de disgusto y se dirigió hacia la puerta.

—¿De qué tienes miedo? No puedes esconderte detrás de tu mesa toda la vida. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte al mundo —le aconsejó él adivinando su estado de ánimo.

María se volvió para mirar a su jefe y le sonrió con timidez.



Se había levantado temprano. Se había duchado con agua fría para despejarse y había elegido cuidadosamente su ropa. Había repasado compulsivamente una y otra vez sus notas para la entrevista y finalmente se había preparado una infusión. Estaba inquieta. Aunque no sabía explicarse exactamente por qué. Al fin y al cabo aquel hombre no le importaba nada. ¿Sería quizá porque, si

resultaba ser alguien agradable, tendría que replantearse todas sus ideas preconcebidas sobre los artistas? Y ya sabemos lo poco que le gustaba cambiar de idea. ¿O tal vez es que presentía que ese hombre iba a significar algo en su vida? No podía negar que había seguido su carrera y siempre la había parecido muy atractivo. ¡Y ahora lo iba a tener frente a ella! Mejor no pensarlo, que le temblaban las piernas. Cuando terminó su minúsculo desayuno —su estómago no admitiría ni un mordisquito a una tostada— arregló su bolso, comprobó la grabadora de su móvil y salió dispuesta a enfrentarse con su destino.

El tráfico estaba imposible según le informaba su móvil, así que decidió tomar el metro:

—Sea por la naturaleza, utilicemos el transporte público al menos por un día —se dijo y subió.

Por el camino observó la ciudad tan apresurada como siempre. Le gustaba. A María le gustaba la gente aunque también le diera miedo abrirse a los demás. Por fin llegó a su parada y bajó casi en el lugar de la cita, porque aún tuvo que recorrer un trecho de la calle. El señor Brighton la esperaba en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. María entró en el vestíbulo y se acercó al mostrador de recepción.

—Tengo una cita con... —dijo al recepcionista enseñándole su carnet de periodista, pero no la dejó terminar la frase.

—Si, la estábamos esperando —dijo el empleado.

María se extrañó de ser tan conocida.

—El señor Brighton la está esperando hace rato. Ya ha preguntado por usted varias veces —continuó el recepcionista haciendo una señal para que le siguiera.

La joven lo hizo sin decir nada y así fue conducida hasta un salón privado. Allí la esperaba un hombre de unos treinta y cinco años sentado en una silla de terciopelo que miraba el reloj con cierto aire de fastidio.

—Señor Brighton... —dijo María al llegar a su altura, al tiempo que el recepcionista salía cerrando la puerta. Estaban solos.

—Llega usted tarde —dijo el hombre en perfecto español aunque con un ligero acento que hacía su voz más cálida e interesante.

—Habla mi idioma... —dijo ella sorprendida.

—Así es y si hace el favor de comenzar ya con la entrevista. Tengo otras cosas que hacer aunque a usted le sorprenda.

María se sonrojó. Ni siquiera había mirado la hora que era al salir de casa. Estaba demasiado nerviosa. Al echar un vistazo rápido a su reloj comprobó que había llegado media hora tarde. Casi temblando puso en marcha su grabadora y comenzó a hacer las preguntas que traía anotadas. Mientras hablaba, pudo observar bien al hombre que tenía enfrente. Le había visto varias veces en el cine, pero no le parecía el mismo. De no haber estado solo

en la habitación habría dudado en dirigirse a él. Aún así seguía siendo un hombre realmente atractivo. Quizá más que en la pantalla. La naturalidad le daba un aire que le favorecía mucho. Sus ojos de mirada dulce, su imponente nariz que lejos de desfigurar aquel rostro le daba un aire particular y selecto. Su perfil aguileño, y la elegancia de sus movimientos. Todo esto percibió María con el primer golpe de vista.

La entrevista seguía su curso sin dificultades. En apenas media hora María le había preguntado sobre sus preferencias gastronómicas, sus viajes más recordados, lo que pensaba del país y en fin todo lo que pudiera interesar a los lectores de una revista como la suya. El hombre contestaba a todo sin vacilar. Parecía que recitase una lección perfectamente aprendida. Eso irritó un poco a María. De pronto alguien entró en la sala, se acercó al actor y le susurró algo al oído.

—¿Me disculpa un momento? —preguntó éste poniéndose en pie para salir.

—Claro —respondió ella apagando la grabadora.

Cuando se encontró sola aprovechó para releer las notas que había tomado y reescuchar la grabación. Pronto terminó con esta operación y viendo que su entrevistado no regresaba, decidió curiosear por la habitación. Siempre le habían gustado la decoración de esos hoteles de lujo. Había algo en ella que le hacía sentirse relajada. El tacto del terciopelo de los tapizados, los encajes de las cortinas. No era el estilo que elegiría para su casa, pero pensaba que en un hotel era diferente. Allí la gente estaba en otro mundo, como en un teatro y necesitaban el decorado adecuado. El necesario para representar mil intrigas. En esas reflexiones, se abrió la puerta.

El señor Brighton entró de nuevo pero esta vez parecía enfadado o molesto. María lo notó enseguida. Tenía el ceño fruncido y daba la impresión de que reflexionaba seriamente sobre algo. La joven se preguntó si debía proseguir con la entrevista o marcharse discretamente.

—¿No va a continuar? —interrogó él con un tono tan diferente al que había venido utilizando, que María se dejó caer en la silla como si la sorpresa la hubiese derribado.

Parecía tan irritado que no se atrevía a formular las últimas preguntas que traía preparadas y que se acercaban más a la intimidad de su entrevistado. Pero como no tenía previstas otras cuestiones y la sorpresa y la insistente mirada del hombre no la dejaban pensar, decidió continuar como tenía decidido desde un principio. En cada respuesta podía percibir que el actor se impacientaba más y más. María decidió dar por concluida la entrevista. Eso pareció irritar aún más al señor Brighton.

—¿Eso es todo? ¿Solo cinco preguntas y encima llega tarde?

—Yo... Creí que prefería terminar...

—¿Usted creía...? Por su culpa he perdido la cita más importante del día y el principal motivo de mi visita a este país. Por su tardanza.

María se volvió a sonrojar.

—Lo siento —balbuceó.

—¿Lo siente? Usted lo único que sabe hacer es sentarse a grabar o a tomar notas en taquigrafía. Todo su trabajo se lo dan hecho. Solo tiene que sentarse y tomar apuntes de lo que le dicen... ¿Qué va a saber de auténtico trabajo?

El hombre decía esto como hablando consigo mismo. María no daba crédito a lo que oía.

—Pero, ¿como se atreve? ¿Y a usted no le da vergüenza seguir jugando a su edad disfrazado de mosquetero o disparando pistolas de juguete? ¿El suyo sí es un trabajo serio?

Diciendo esto y sin dejar tiempo a recibir respuesta, recogió sus cosas y salió dejando la puerta abierta. El hombre se quedó tan asombrado como un instante antes lo había estado ella. Al final se echó a reír.



María se levantó tarde al día siguiente. Se alegró que fuese fin de semana y no tener así que enfrentarse a la reprimenda de su jefe.

—¿Por qué seré tan impulsiva?—se preguntó—. Probablemente aquel hombre estaba enfadado con toda la razón. Al fin y al cabo parece que le hice perder algo importante. ¿Qué podré hacer para no llegar tarde?

Se avergonzó al recordar las cosas que le había dicho y se lo imaginó quejándose del trato recibido en todos los periódicos del mundo. Decidió

darse una ducha. Como pensaba, el agua la despejó un poco y se sintió mejor. Apenas acabó de vestirse llamaron a la puerta. María fue a abrir y su sorpresa fue mayúscula al descubrir que se trataba de un chico con un enorme ramo de flores. El más grande que había visto en su vida. Después de dar una propina al muchacho, cerró la puerta y se sentó en el sofá a buscar alguna tarjeta que le diera alguna pista sobre su admirador. Encontró un sobrecito, lo abrió y su sorpresa aumentó. La tarjetita que venía dentro del sobre decía:

«Querida entrevistadora: por favor, perdone por mi comportamiento de ayer. Normalmente no soy tan estúpido. Le ruego que me permita mostrarle otra faceta de mi personalidad para que el recuerdo que tenga de mi no sea tan desagradable. Por favor cene conmigo esta noche. La espero».

Junto a la firma había escrito la dirección de un conocido y discreto restaurante. María permaneció todavía un rato sentada en el mismo sitio con la boca abierta. Después leyó la tarjeta otra vez.

—No puede ser, no puede ser. ¿Cómo habrá averiguado donde vivo?

Le temblaban las manos. ¿Una cita con un actor mundialmente famoso? No podía ser cierto. María se levantó, dejó las flores sobre la mesa y comenzó a pasear por la habitación arriba y abajo. Se le presentaba un dilema. Muchas veces había creído encontrar eso que tanto buscaba: el amor, la estabilidad. Y todas las veces había sido un desastre para ella. Reconocía que su imaginación había tenido mucho que ver en eso. Su imaginación siempre la había metido en problemas desde niña. Enseguida empezaba a imaginarse un sin fin de cosas sin que pudiera evitarlo. Había sufrido tanto con ello que se

había prometido no volver a caer en lo mismo. Ahora se le presentaba una situación ideal para fantasear y no podía consentirlo. Demasiado riesgo, podría ser una trampa mortal para su corazón. Por otro lado era una oportunidad magnífica para tener, al menos, una grata experiencia que no todo el mundo podría disfrutar. ¿Qué hacer?

Esas eran sus reflexiones. Si se había prometido controlar su imaginación y su corazón, también se había prometido no permitir que el miedo le privase de vivir. Así que decidió ir, aunque más a la defensiva que de costumbre.



Procuró no tardar demasiado en arreglarse aquella noche, aunque intentó esmerarse. Llegó al restaurante con una hora de adelanto y se sentó en un parque que había frente al mismo. No podía evitar que sus piernas dieran pequeños saltitos golpeando el suelo. Esperaba que eso la ayudara a templar los nervios. Esta vez había querido asegurarse de llegar a su hora. Cuando calculó que era el momento de entrar, se dirigió a la puerta y preguntó a un camarero por él. Ya la esperaba. Se acercó a la mesa y sonrió al sentarse. El también sonrió.

—Me alegro de que haya decidido aceptar mi invitación.

María se limitó a sonreír de nuevo. En el tiempo que había estado sentada en el parque había tenido tiempo de hacer la más variadas conjeturas acerca de dicha invitación.

«Seguro que se burla de mi o que cree haber encontrado una distracción para pasar el rato en este país...», se había dicho.

No es necesario mencionar que María no se caracterizaba por la seguridad en sí misma, aunque a veces su apariencia pudiera hacer pensar lo contrario. No se considerase fea, pero tampoco creía ser nada excepcional. La cierto es que tenía más atractivo que belleza. A veces le parecía que tenía una especie de encanto especial que hacía que todos los que lo percibían no pudieran resistirse a él, como habían podido comprobar varios hombres a lo largo de su vida. Por supuesto ella achacaba eso a la poca reflexión de ellos, más que a su capacidad de seducción. Todo esto reunido hacía que se sintiese más a la defensiva que cuando salió de casa. Así que cada vez que Brighton le sonreía o la miraba por encima del menú, creía que tanteaba el terreno para ver si podría conseguir algo de ella.

—No debí haber venido... —murmuró.

—¿Qué?—preguntó él levantando la vista de la carta y fijándola en ella.

—Mire, no sé por qué he aceptado su invitación. Si cree que tiene un plan o alguien de quien burlarse, se equivoca.

Él la miró sorprendido y después sonrió con tranquilidad.

—Le aseguro que ésta es solamente una manera de disculparme por lo de ayer. No se preocupe... ¿Cree que tutearnos sería ir demasiado lejos?—preguntó él con un tono un tanto burlón —. No estamos en el siglo XIX.

María sonrió nerviosamente.

«Tengo que relajarme», se dijo.

Le miró de nuevo de reojo. Había algo en sus ojos que le atraía. Era como una especie de dulce melancolía que la hacía sentirse irremisiblemente atraída hacia él. En verdad eran unos ojos muy expresivos.

«Es como si hubiera sufrido mucho. Estos actores, ¡qué bien lo hacen!», pensó María dispuesta a no creerse nada de lo que sucediera allí aquella noche.

—Serán los sufrimientos de los personajes —añadió la parte sarcástica de su personalidad.

—¿Eh?

—No... Nada

—Te habrá sorprendido que te invitase... —dijo él y se interrumpió de pronto.

María le miró de frente para averiguar la causa.

—Quedamos en tutearnos, ¿no? —preguntó él dulcemente, aunque a María le pareció percibir un cierto tono de sorna.

—Claro —respondió ésta.

—Bien —continuó él—. Decía que te habrá sorprendido mi invitación, pero como te decía en la tarjeta, quisiera disculparme. Es que había un negocio que me interesaba y la cita se frustró, pero esta mañana ha quedado todo resuelto. Así que pensé que no había sido justo contigo y decidí invitarte a cenar.

—Muy amable —respondió muy tensa.

No había manera, no conseguía relajarse. Él la miraba con cierta preocupación.

—¿Le ocurre algo?

—No, es solo que debo irme pronto... Más tarde tengo otra cita —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿A estas horas? Vaya... Es la primera vez que aburro a una mujer de esta manera.

—Oh, no se ofenda... Quiero decir, no te ofendas... Es solo que...

—Que quieres acabar cuanto antes, ya veo. Pues vamos a ello —concluyó él al fin con resignación.

Finalmente la noche fue un desastre. María apenas consiguió hilvanar tres frases seguidas y su incomodidad era tan evidente, que él dio por finalizada la cena antes de tomar siquiera café.

«Seguro que ha creído que no le soporto», pensó ella avergonzada.

Al día siguiente María sentía tanta vergüenza que esperaba que se la tragase la tierra. Decidió ir a ver a su jefe para que le hiciera llegar una nota al agente de Brighton por medio de su amigo. En ella se disculpaba en todos los idiomas que conocía, pero no hubo respuesta. Durante meses esperó ver en cualquier periódico o revista alguna entrevista del actor en la que dijera que las periodistas españolas estaban locas o algo parecido.



—¿Qué piensas hacer este fin de semana? —preguntó Irene.

—No sé, Alfredo está de viaje, así que supongo que me quedaré en casa —respondió María levantando la vista de su portátil.

—Yo tampoco tengo nada planeado —continuó su amiga poniéndose el abrigo, pues ya había terminado su trabajo —. Si quieres te llamo y vamos al cine...

—¿Al cine...? Ya veremos —murmuró con irritación.

Irene sonrió.

—Te llamaré de todas formas

—Si insistes.

—Ah, esa manía tuya de no ver a la gente como es sino como te gustaría que

fuera o, pero aún, como temes que sea —le dijo.

—¿Ahora eres mi psicóloga? —preguntó María un poquito molesta.

—Te conozco hace muchos años y sé perfectamente lo que te pasa. Aún te acuerdas de ese actor, ¿no?

—No sé de qué me hablas.

—Oh, claro que no. Recueda, te llamaré —añadió su amiga antes de marcharse.

Había pasado un año desde su entrevista con Grant Brighton y no había vuelto a tener noticias suyas. Ni siquiera un respuesta a su nota. A pesar de que en ese tiempo había decidido hacer algunos cambios en su vida, y había aceptado iniciar salir de vez en cuando con un viejo amigo que se lo había pedido varias veces, no era nada serio. No sabía por qué aún se ponía de mal humor cuando alguien pronunciaba la palabra cine en su presencia. Tampoco podía evitar acelerar el paso cuando veía en la cartelera el nombre de Grant Brighton. Suponía que era porque había tenido una oportunidad perfecta para disfrutar de un experiencia inolvidable y la había estropeado.

—Es mi dichosa manía de no apreciar las cosas hasta que no han pasado diez años e imaginar sandeces... Y eso de no poder relajarme... —se repetía enfadada.

Ella entonces aún no lo sabía, pero el lunes en la oficina le esperaba una sorpresa.

—Grant Brighton está de nuevo en el país... ¿Tendrás que hacerle otra entrevista? —le dijo a María uno de sus compañeros nada más entrar aquella mañana.

—Eres tonto —le dijo ella entrando en su despacho sin saludar a nadie.

Pero su asombro fue enorme al encontrar un sobre encima su mesa. En él había una tarjeta en la que decía:

«Aunque me creas un irresponsable por intentar repetir ¿Cenarías conmigo esta noche? Discúlpame por no haber contactado antes. Grant Brighton».



María había decidido reunir todas sus fuerzas para esa ocasión y como se había dicho a sí misma que cambiaría su vida y su forma de actuar a partir de aquella noche de hacía un año, se dispuso a hacerlo de verdad. En primer lugar se tomó un chupito para animarse y darse valor. También le dio su dirección a Grant para que pudiera ir a buscarla a casa y desde allí caminar hasta el restaurante. Al pasar por delante de un teatro en el que anunciaban El cascanueves, María dijo:

—Cuando era pequeña imaginaba que era bailarina, con uno de esos hermosos vestidos blancos con una falda que parece flotar en el aire. Yo misma flotaría dando maravillosos pasos de baile así —añadió dando un saltito.

Le pasó por la cabeza que quizás el chupito había sido demasiado grande, pero desechó la idea.

—¿Es lo que querías ser de mayor?

—Eso y ninfa de un bosque mágico. Ah, también quería ser astronauta. Todo lo que fuera salir de la «tierra» —añadió riendo.

—¿Todo eso sola? —preguntó él.

— Nooo —se apresuró a decir ella—. Siempre había un príncipe a mi lado en el bosque. Bailar sola no tiene ninguna gracia. Yo bailaré para él y él estaría extasiado con mi danza y no querría mirar a nadie más. O eso o los dos a explorar la Luna.

—¿Y el bosque?

—Es que después nos iríamos a vivir allí, siempre felices. Sin que nadie nos molestase. Solo podrían entrar amigos de verdad para visitarnos. Allí tendríamos nuestro maravilloso castillo, que sería inmenso y envuelto en una niebla espesa durante el invierno.

—¿Para qué la niebla?

—Para que pareciera más misterioso y diera la sensación a quién lo viera de que estaba soñando. Así nadie podría atacarlo — dijo ella y le miró como lo hubiera hecho la niña de la que hablaban.

Sus ojos parecían preguntarle divertidos: «¿cómo puedes no saber eso?. Es la regla básica de toda leyenda».

Grant estaba agradablemente sorprendido de verla tan comunicativa y serena. Estaba muy distinta respecto a la última vez. María sonrió como adivinando su pensamiento.

—Siempre fui una niña muy imaginativa. Eso me trajo alegrías y complicaciones. Por un lado tenía la posibilidad de vivir en un mundo fantástico y muy rico, cuando los demás solo podían ver el mundo real; pero por otro al conocer los ideales, deseas conseguirlos con todas tus fuerzas y en la vida eso es bastante difícil —añadió ella.

Él la miró con una expresión indefinible que la hizo estremecer, por eso decidió seguir andando sin hablar más.

Ya en el restaurante dejó que él pidiese la cena y que eligiese el vino. Esta vez quería que todo estuviese a su gusto para hacerle olvidar el desastre de la cena anterior. Seguía sin estar demasiado acostumbrada al alcohol pero se dijo que una copita de vino la relajaría. El actor la observaba intrigado, pero como no hacía objeciones a nada de lo que él pedía, encargó el postre y algún licor para acompañarlo. Después la invitó a un bar de moda y allí continuaron la velada. María comprobaba con alegría que la bebida no le había sentado mal, pero también era cierto que había soltado su lengua.

—Te noto cambiada. Ya no estás tan agresiva como antes...—dijo Grant.

María sonrió y respondió:

—Es que me parecían que todos los artistas eran «raros». No sé... Impredecibles .

—¿Los actores también?—preguntó él con un tono burlón.

—Sobretudo los actores —contestó ella haciendo esfuerzos para articular correctamente.

—Ya.

—«Srobotrodo» —repitió tratando de pronunciar bien esa palabra —. No me gusta este bar. Creo que han puesto un pelo en mi vaso... Me cuesta mover la lengua.

—Esto no tiene alcohol —explicó él que viendo que la joven empezaba a achisparse le había pedido un refresco.

—¿Y ahora? ¿Ya no opinas que somos raros? —prosiguió él.

— No «sre»... No sé —se esforzó en decir —. Esto es absurdo. Hace años que sé hablar... ¿Qué decías? ¡Ah, si! Cuando te conocí me hice muchas preguntas. «¡No se puede juzgar lo que no se conoce!», me dije. Y tú pareces casi normal.

—Muchas gracias —respondió él sonriendo y haciendo un leve movimiento de cabeza.

—Sí... ¿Sabes que vi una película tuya en la que hacías de mosquetero?.

Cuando te vi me dije: «¡Si es el mosquetero de mis sueños!». ¿No es increíble? —añadió riendo y se inclinó sobre la mesa..

Grant comprendió que estaba comenzando a decir todas las verdades que la borrachera le dictaba.

—No sé lo que me pasa. Quiero recordar de qué hablaba y no puedo...

—Quizá sería mejor marcharnos —propuso él.

—¡No! Ahora que empiezo a divertirme. Quiero más —añadió señalando al vaso.

—¿Sabes qué? Una vez leí una historia o me la imaginé... No «sré»... Por qué no recuerdo nada esta noche. Era la historia de una chica que durante un viaje de la ciudad a su pueblo conocía a un «homberee», hombre quiero decir. Era muy interesante. ¿Como seguía?

Grant la miraba con ternura presintiendo que debía ser de las pocas veces que la joven se encontraba en ese estado. Si es que había estado así con anterioridad.

—¡Ah, sí!. Ese hombre —dijo cuidándose de pronunciar bien—. Le informó que le iban a matar y que también iban a matar a otro en Sudamérica. Ella no le creyó, naturalmente, pero cuando leyó la noticia en el periódico pensó que su deber era avisar al hombre de Sudamérica, y cogió todos sus ahorros y se fue a vivir la aventura. Ya no recuerdo si el hombre al que querían matar era el guapo o su abuelo, pero ella le salvó. Aunque todos la tomasen por loca ella

no se rindió —continuó levantando su dedo en señal de atención.

—Al final se encuentran en la playa —prosiguió—. Ella se había caído sobre la arena. «¿Será el?», se preguntó la chica cuando la ayudó a «levantarse» y le miraba con la cara llena de tierra —al decir «tierra» se le trabó la lengua, parecía que arrastraba las palabras—. ¿Te has fijado que difícil es pronunciar la «r» en español?. Los extranjeros no pueden y yo tampoco...

—La chica no veía claro con la arena... —añadió cambiando de nuevo de conversación y mirando a Grant.—. Como yo ahora, ¿por qué no veo claro? ¿Por qué se mueven las paredes...?.

—No son la paredes las que se mueven —dijo Grant.

—Bueno pues al final de la historia estaba él. ¿Sabes? Esa chica debía ser yo, decidida, valiente. O como quisiera ser. Nunca le cuento mis historias a nadie. ¿Por qué te las cuento a ti?

—Será mejor que nos vayamos ya. Ahora sí es tarde —dijo él levantándola por un brazo, pero María se resistió a que se la llevara.

Grant no quería que siguiera hablando, no quería que le confiase sus intimidades en ese estado.

—Te diré un secreto... —cuchicheó acercándose más al joven pero no pudo continuar porque se apoyó sobre el hombro de Grant y se durmió.

Al día siguiente María se despertó en una habitación desconocida con la

cabeza más pesada que nunca en su vida. Miró con horror a su alrededor y debajo de la sábana para asegurarse de que estaba vestida. Todo iba bien, llevaba puesto un pijama de hombre... Un momento, ¿un pijama de hombre?

—Hola, veo que te has despertado por fin —dijo un sonriente Grant al entrar en la habitación.

—Yo, yo... ¿Qué ha pasado? —preguntó con aprensión.

El joven sonrió con picardía.

—¿Sería tan terrible si hubiera pasado algo?

La cara de María era todo un poema. Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—Oh, no te preocupes... No ha pasado nada. Entre mis costumbres no está el aprovecharme de mujeres fuera de combate. Y no me mires así, el pijama te lo puso la doncella. Yo he tomado otra habitación... No me pareció prudente enviarte a casa en ese estado.

María no pudo evitar mirarle con adoración. Era un encanto.

—Me siento avergonzada... Cada vez que tenemos una cita acaba en desastre.

—Oh, yo no diría tanto. Simplemente encuentro divertido no saber cómo va a acabar la noche.

—De verdad, ¿por qué me invitaste aquel día?.

—Porque habías sido la única persona que le había hablado así al gran Grant Brihgtón y supe que en ti podría encontrar sinceridad. Y créeme en el mundo en el que me muevo la sinceridad no tiene precio.

María sonrió.

—Aunque me parecierais «raros», debo confesar que también me hacíais soñar, vosotros los actores. Y tú... —dijo ella mirándole a los ojos a pesar de lo que le intimidaba aquella mirada como a la heroína de su historia de la playa —.Recuerdo una película tuya de no hace mucho. Me hizo sentir como cuando era niña. Me enamoré de tu personaje, del héroe, como siempre solía hacer. Es curioso que aún me hiciera daño la idea de no poder hacer realidad mi fantasía.

—¿Cual era tu fantasía exactamente?

—No lo sé. En realidad no se si quería vivir en la película o conocer al protagonista... No sé.

—Ahora estoy aquí. Conóceme.

Sus ojos penetrantes ejercían sobre ella una influencia tan grande que la mayoría de las veces no se atrevía a mirarle de frente. Eso le enfadaba. No quería que él sospechase sus sentimientos ni la conmoción que producían en su interior.

—Es posible que en mi mente le haya dado mil rostros, pero siempre era la

misma alma. ¿Eres por fin tú o me engaño de nuevo? Te he esperado tanto...
—dijo por fin.

Grant tomó su rostro con la mano y lentamente le alzó la cara, pues María la había bajado para que no pudiese leer en ella toda su emoción. La besó con suavidad y dijo:

—Solo soy un hombre, esa es la realidad, pero un hombre que te ama. Y sí te digo que, aunque suene absurdo, tú haces que me sienta tan fuerte que soy capaz de creerme uno de los héroes que tu imaginabas de niña.

María se estremeció:

—No quiero a nadie más que a ti. Aunque seas sólo un hombre...
Precisamente por eso.

1998

FIN